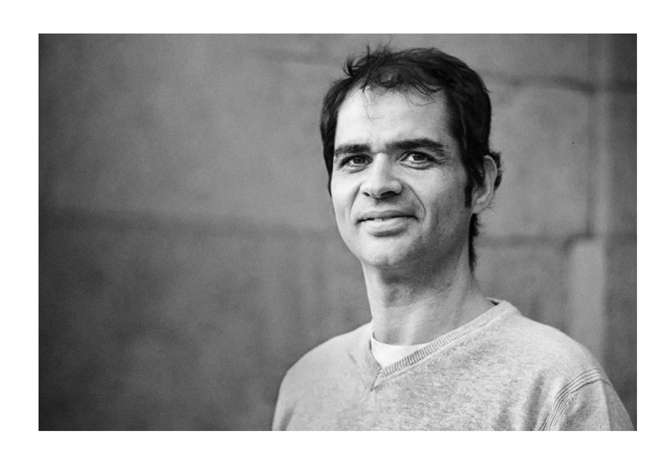


Agustín Márquez

LA ÚLTIMA VEZ QUE FUE AYER

CANDAYA

Agustín Márquez Díaz



Agustín Márquez Díaz nació en Madrid en 1979. Es ingeniero de Telecomunicaciones y cursa estudios de investigación en Arte, Cultura y Literatura.

Ha participado en diversas antologías, entre ellas *Versos en el aire* (2014), *Taxi!!!* (2015) o Los *52 golpes* (2018). En 2016, creó, con otros dos socios, la editorial La Navaja Suiza. *La última vez que fue ayer* es su primera novela.

Candaya Narrativa, 58

LA ÚLTIMA VEZ QUE FUE AYER

Primera edición impresa: mayo de 2019

Camí de l'Arboçar, 4 - Les Gunyoles
08793 Avinyonet del Penedès (Barcelona)
www.candaya.com
facebook.com/edcandaya

Diseño de la colección:
Francesc Fernández
Imagen de la cubierta:
Imagen de la cubierta:© Isabel Hernández
Maquetación y composición *epub*
Miquel Robles

BIC: FA
ISBN: 978-84-18504-11-2
Depósito Legal: B 12847-2019

Actividad subvencionada por el Ministerio de Cultura y Deporte





Índice

A mi madre
y a mi padre

Lo que llamamos progreso es solo
el cambio de un inconveniente por otro.
Henry Havelock Ellis

1988

CAPÍTULO 1

1

Chico A siempre decía: «Habría que poner un semáforo».

–O un paso de cebra –le dije.

–No. Un paso de cebra no.

–¿Por qué?

–No es lo mismo.

–¿Por qué?

–Porque no.

2

La carretera que atraviesa el barrio es una recta de kilómetro y medio. El pavimento está repleto de manchas de aceite, huellas de frenazos y calcomanías de animales.

El asfalto cuarteado dibuja una raspa de pescado deforme, donde decenas de socavones esperan hambrientos llantas y guardabarros. Hace unos años, un tipo de fuera, con más visión que la que le proporcionan sus gafas de culo de vaso, montó un taller junto a la carretera. Tiene a varios del barrio trabajando en el taller, y él solo va al final del día a hacer caja. Siempre viste de traje y corbata, como advirtiendo, por si acaso surge la duda, que él no va a mancharse las manos. El tío cae bien porque a la gente del barrio les cobra la mitad en las reparaciones. ¿Por qué siempre tiene que venir alguien de fuera a decirnos, «¡Eh, chicos, así es como se hace!»?

En las temporadas de lluvia las cunetas de la carretera se inundan y el agua arrastra todo tipo de objetos: envoltorios de comida, botellas vacías, mecheros sin chispa, animales sin vida, compresas,

preservativos, pelucas... Hace dos inviernos tropecé con lo mejor que he encontrado hasta ahora: una Biblia.

La Biblia tiene una encuadernación en piel marrón oscuro. El cuero está muy desgastado, lo único que está bien conservado son los cantos dorados. Se ve el cosido de las hojas por la ausencia del lomo. En la portada se lee con dificultad *Sagrada Biblia, The Holy Bible*, *La Sankta Biblio*. El interior está adornado con grabados grotescos: ángeles con alas de murciélago y caras demoníacas, serpientes marinas saliendo del agua, un hipopótamo con lengua de serpiente, esqueletos que caminan hacia un agujero. Todo muy romántico. Pero las hojas son las que hacen que la Biblia sea un verdadero tesoro: son muy finas, como de papel cebolla. Con ellas hago librillos de papel para liar y los vendo a cincuenta pesetas. No es que no me interese la Biblia, pero necesito el dinero para poder sacarme el carnet de conducir. Ya no vale con llevar zapatillas extranjeras como en la adolescencia, ahora se necesitan al menos cuatro ruedas para ligar.

El año pasado encontramos un calendario en la cuneta con la fotografía de una tía a la que le cae un chorro de agua sobre un bañador, al tiempo que da un trago a una cerveza. Convencimos a mi abuelo para colgarlo en el bar, y comenzamos a marcar en el calendario los días que había un accidente: marcamos en total sesenta y dos días. Además decidimos darles nombre, como si fuese un santoral, pero del barrio: a un accidente en el que murió una pareja, en donde los labios de él quedaron pegados a la mejilla de ella, lo titulamos *El último beso*; al de un hombre que quedó encajonado en el golpe frontal de dos Talbot lo llamamos *La vida entre dos Horizontes*; llamamos *La santa recta* al de una monja que tuvo un grave accidente y salió ilesa; *Cuando los cerdos vuelen* fue el de un camión cargado de gorrinos que se salió de la carretera y uno de los cerdos salió disparado y se coló en la terraza de un vecino; pero el más ingenioso fue el que titulamos *Por los pelos*, uno en el

que salieron ilesos los seis ocupantes de los dos coches, todos calvos.

Este año el calendario de la tía en bañador continúa colgado de la pared del bar de mi abuelo, aunque solo con la hoja de diciembre.

La carretera es nuestro Rubicón de alquitrán y asfalto. Un Rubicón que Chico B ahora está cruzando.

3

Hace más de un año de lo de Chico A. Y todavía ese olor.

Dicen que el olfato es el sentido con más memoria, por eso siempre llevo en los bolsillos algunas bolas de alcanfor.

4

Chico B es tan bajo que la cabeza le huele a pies. Nunca faltan en su vestimenta una camiseta de las que le regalan a su padre en el estanco con el tabaco y su par de cangrejeras. Sus sandalias de goma no solo son abiertas, también son viejas: las hebillas están oxidadas y las tiras tiñosas. En invierno perdemos de vista sus pies, los oculta bajo unos calcetines deportivos blancos, pero el resto del año tienen aspecto de sufrir gangrena. Huelen como recién sacados de un montón de estiércol. Los perros huyen quejicosos con las orejas gachas y el rabo entre las piernas cuando husmean los pies de Chico B.

En los últimos meses hemos estado yendo diariamente a los salones recreativos, llevamos un tiempo estudiando las máquinas tragaperras; nosotros solo jugamos los viernes, hemos llegado a la conclusión de que es el día que más premios entregan. Al dueño de los recreativos se le tuerce el gesto cada vez que nos llevamos un

premio, pero lo disimula y hace como si no le importara. Aunque lo que de verdad no soporta el dueño son los pies de Chico B, le dice que no puede acceder al local con calzado abierto, «Produce rechazo en los clientes». El mandamás de los recreativos no se escucha, si lo hiciese se daría cuenta de las estupideces que dice: nos llama clientes y se dirige a nosotros de usted. El jefe de los recreativos es un ricachón venido a menos, por eso conserva aún algunos aires de grandeza. Viene de una familia bien, su padre se dedicaba a la compraventa de inmuebles. A él le regaló un local en el barrio donde abrió un puticlub de lujo. Tenía un rótulo luminoso no apto para epilépticos, con colores que cambiaban del morado al rojo. El logotipo era el frontón de una iglesia, y en medio rezaba: La Capilla. El nombre no estaba mal pensado, al fin y al cabo no dejaba de ser un lugar de culto, un sitio donde desahogarse. Tenía mucho éxito, se veían entrar y salir a muchas personalidades: alcaldes, concejales, negociantes, y otros que tenían que conformase con tomar una copa, mirar y masturbarse en los baños.

Por entonces, el mandamás tenía una mujer que en los reconocimientos médicos debían medirla en metros cúbicos y pesarla en quintales. Si los camellos guardan las reservas de grasa en sus jorobas ella lo hacía en sus nalgas. Vestía ropa de marca, aunque en ella la ropa se ajustaba hasta convertirse en una segunda epidermis que dejaba entrever una piel ciruela en proceso de putrefacción. El logotipo de la prenda quedaba muchas veces oculto entre los pliegues de su cuerpo acordeón. Nunca la vimos sonreír, suponíamos que la fuerza gravitatoria que generaba la enorme papada, que le temblaba cada vez que respiraba a través de ese agujero negro que tenía por boca, le impedía alzar las comisuras de los labios. Hablaba arrastrando las eses y miraba por encima de unas gafas con molduras doradas, y patillas y cordón con piedras brillantes. Era la mujer que todo suicida habría querido tener.

Sabíamos cuando el mandamás discutía con su mujer. Esos días se

lamentaba que cuando se casó con ella era una mujer diez.

El día que nos dijo en secreto que se había enamorado de una de las prostitutas del puticlub no nos extrañó demasiado. Hay que reconocer que tuvo buen gusto, la prostituta tenía labios color miel, ojos redondos y respingones, culo largo y esbelto, piernas voluminosas sin estridencias, y acento de revolución. El dueño de los recreativos cerró el puticlub y se marchó a la aventura con su negrita.

Tampoco nos sorprendió cuando a los pocos meses volvió solo, nos contó que había conseguido montar un negocio de tráfico de habanos, pero después de un tiempo la de labios color miel, ojos redondos y respingones, culo largo y esbelto, piernas voluminosas sin estridencias, y acento de revolución, lo delató y tuvo que dar casi todo el dinero de la herencia de su padre para poder salir a salvo de la isla.

Con lo poco que le quedó montó en el antiguo local del puticlub los salones recreativos.

Siempre ha sido un tipo educado, pero nos jode mucho que nos hable con ese lenguaje tan pomposo: «Produce rechazo», «Me reservo el derecho de admisión», «No perturbe la tranquilidad del local», «No pague su frustración con las máquinas recreativas», «No puedo dispensarle cambio», «Si desea quejarse por algo disponemos de hojas de reclamación». Aun así, el mandamás tiene algo de razón en quejarse de los pies de Chico B.

Tres operaciones quirúrgicas han marcado con tres cicatrices los tobillos de Chico B: una en el izquierdo y dos en el derecho, una encima de la otra, como si llevase tatuadas las vías de un tren. Las tres se las hizo hace años, cuando el acné comenzaba a hacer acto de presencia. La del pie izquierdo fue huyendo de su padre cuando lo perseguía con el antirrobo del coche. Su padre decía que le había robado quinientas pesetas de la cartera. Chico B me contó que en otras ocasiones sí lo había hecho, pero no esa vez. Creí a Chico B,

no porque nunca me hubiese mentido, sino porque perder dinero en timbas de póquer es parecido a que tu hijo te lo robe. Chico B corría entre los yerbajos y cascotes del descampado para escapar de los golpes, mientras nosotros le animábamos a gritos desde un montículo de escombros. Para Chico B estas persecuciones –no era la primera vez que su padre lo perseguía– no tenían nada de divertido, pero para nosotros eran un entretenimiento más del barrio. En un momento dado, cuando Chico B cruzaba un matorral, lo dejamos de ver, fue como si el matorral lo hubiese absorbido. A los pocos segundos su cabeza emergió, pero de nuevo volvió a desaparecer. Corrimos hacia el matorral y vimos que tenía el pie metido en un hoyo, la cangrejera se le había salido y la planta del pie miraba hacia nuestros rostros distorsionados por lo desagradable de la imagen. Su padre lo llevó a urgencias después de darle una buena tunda. Diagnóstico: fractura del tobillo, algunos moratones y quinientas pesetas a devolver.

No recuerdo haber visto nunca sin sus cangrejeras a Chico B, ni siquiera en la época en la que nos empezaban a gustar las chicas y en la que si se quería destacar había que llevar deportivas de marca. El problema era que nuestras familias no tenían para otras que no fuesen zapatillas nacionales, las extranjeras costaban el triple.

Para poder hacernos con unas zapatillas de las buenas se nos ocurrió vender hojas de tilos como si fueran hojas de morera. Por entonces había una fiebre por los gusanos de seda. Todo el mundo –niños, adolescentes, adultos y viejos– criaba en cajas de zapatos estos bichos como si fueran mascotas, supongo que contemplar cómo se transformaban aquellas orugas en mariposas para la mayoría era un juego; sin embargo, para otros era el último destello de esperanza en sus vidas.

Vendíamos la bolsa de las falsas moreras a cien pesetas. Nos repartíamos las ganancias como viejos ricos entre risas y palmadas cómplices en la espalda. Pero pronto las palmadas se convirtieron

en moratones, las carcajadas en silencios y los beneficios en devoluciones: los gusanos que la gente alimentaba con nuestras hojas se morían. Tuve que aprender a conjugar el verbo perdonar, y a saber que una vez que se pierde la confianza es casi imposible recuperarla. Suplicamos perdón –la dignidad era más barata que las deportivas extranjeras– y prometimos a los estafados regalarles una bolsa de morera extra si volvían a comprarnos el alimento de las malditas orugas.

El problema era que el único sitio donde había moreras era en el barrio de Los Frailes, y ya se sabe que lo que hay en el barrio es de los que viven en él. «Nos dais la mitad del dinero y os dejamos coger las hojas que queráis», nos propusieron; pero nosotros, como todo buen negociante, los mandamos a la mierda. Así que decidimos ir cada día en grupo a Los Frailes y, mientras uno vigilaba, los demás subían a los árboles a llenar bolsas con hojas de morera. Chico B venía con nosotros, aunque él no quería zapatillas extranjeras, porque prefería sus cangrejeras, pero le divertía subirse a los árboles y sobre todo andarse por las ramas.

«¡Corred, corred!», gritó Chico C cuando los de Los Frailes ya estaban encima. Todo porque Chico C, cuando tendría que haber estado vigilando, se había dedicado a torturar a unas crías de pájaro, que se habían caído de un nido, quemándoles el plumón. Huimos, pero a Chico B se le quedó encajado el pie derecho entre dos ramas, cayó cabeza abajo y acabó colgado del árbol como una piñata de cumpleaños. Y así fue como lo trataron los cabrones de Los Frailes.

Le operaron dos veces de ese pie. La primera vez le operó un cirujano que acababa de terminar las prácticas y el tobillo no le quedó bien, caminaba como una rapero del Bronx a causa de los dolores.

Los médicos le han dicho que puede hacer vida normal, pero tiene que tener cuidado con los deportes que practica. Él no hace

caso, «Me da igual, si se me vuelven a joder ya me los arreglarán los médicos otra vez. Y si no, pues como Cervantes, el cojo de Lepanto», me dijo una vez orgulloso de su saber literario.

En el pecho, encima del pezón derecho, tiene grabada una esvástica. Sus abuelos maternos son alemanes, fueron seguidores de las juventudes hitlerianas. Su madre es seguidora de los abuelos por ser sus padres. Y el padre de Chico B es seguidor de la madre por ser su mujer. Hace unos años, el padre de Chico B, después de perder todo el dinero que tenía para el regalo del cumpleaños de la madre al *blackjack*, le tatuó con una cuchilla de afeitar el símbolo nazi en el pecho, «Como regalo sorpresa para mamá», le dijo. Chico B es un chico sencillo, tanto que dice que su color preferido es el blanco y su número favorito el cero; sin embargo, cuando nos enseñó el tatuaje intentó hacer de su pecho un lienzo que contiene una obra maestra, aunque lo único que consiguió fue hacernos sentir lástima al ver marcadas sus costillas sobre aquel torso consumido. Chico A comenzó a reírse a carcajadas, los ojos le lloraban y señalaba con el índice el símbolo nazi. «De qué coño te ríes, gilipollas», le dijo Chico B. Cuando Chico A paró de reír nos explicó que su padre le había tatuado la esvástica al revés, con los brazos apuntando hacia la izquierda.

5

En la parte derecha del descampado hay un colegio en el que estudia la gente del barrio, y es al que fuimos Chico A y yo. Chico A era un gran estudiante, «Uno de los mejores estudiantes que ha tenido el colegio», decían los profesores a mis padres. Y como yo era el hermano menor, estaba obligado a sacar tan buenas notas como Chico A –nunca me importó ser un seguidor–. Aunque lo que nadie decía es que Chico A repitió segundo porque hablaba como

Tarzán, «Ir colegio no», «Tripa… mmm… dolor», «No recreo», «Hijoputa tú». Un psiquiatra, de los que se sanan ellos mismos escuchando las desgracias de los demás, recomendó a mis padres que lo mejor era que repitiese, «Así se igualará a los de su curso, cogerá confianza y evolucionará del trastorno poco a poco». A mí también me hicieron repetir curso, tal vez por continuar la tradición familiar.

Lo mejor del colegio es que fue el lugar donde sucedieron muchas de esas primeras veces: mi primera firma en forma de grafiti, mi primera pelea, mis primeros pinchazos de ruedas, mi primera calada, mi primera cerveza, mi primer beso con lengua, mi primer desamor que inspiró mi primer poema a la señora de la limpieza.

También me expulsaron por primera vez al delatar a mi compañero de pupitre, que se había limpiado en mi abrigo después de haberse masturbado durante la clase: un día de expulsión para los dos. No comprendí por qué, aunque en realidad fue por la bronca que me echaron mis padres por lo que al volver al colegio le zurré al pajillero. Eso supuso una segunda expulsión: una semana sin clases. «Uno no puede tomarse la justicia por su cuenta», me dijo el director al expulsarme. «Y uno no puede mirar a las chicas de cierta manera», le contesté yo. Mi venganza verbal me costó una venganza en forma de bofetada y mi tercera expulsión: un mes fuera y lo que quedaba de curso sin recreo –y aún estábamos en octubre–. Me sentí como un delincuente al que se le van acumulando penas.

Detrás del colegio hay una iglesia de Testigos de Jehová. Nunca he conocido a nadie que pertenezca a la congregación, ni a nadie que conozca a alguien que pertenezca a ella, ni siquiera a nadie que conozca a alguien que conozca a alguien. Si no fuera por las veces que llaman a las puertas llevando la palabra de Dios, y porque cada domingo se concentran decenas de ellos junto a la iglesia, pensaría que los Testigos de Jehová son solo una leyenda. Se reúnen con sus

trajes limpios y sus corbatas serias. Los más jóvenes parecen sacados de familias burguesas de la Francia del siglo XIX: los niños van trajeados con camisa blanca, en el cuello un pañuelo de seda, pantalón por debajo de las rodillas, calcetines con encajes y calzado brillante; las niñas llevan vestido color pastel a la altura de las rodillas, con bordados laberínticos, camisa color blanco hueso, guantes de seda, medias de punto y zapatos de charol.

Una vez me contaron que el primo de un amigo del hermano de uno del barrio murió porque sus padres eran Testigos de Jehová y no permitieron a los médicos que le hicieran una transfusión de sangre.

Junto al colegio hay una gran valla publicitaria que nunca anuncia nada, solo quedan los restos de campañas olvidadas. Algunos la utilizan para ahorcar galgos.

En medio del descampado, a modo de oasis, hay dos pinos gigantes, sus troncos sirven como tablón de aventuras sentimentales: Chico V corazón Chica W, Chico W corazón Chica X. Chico X corazón Chica Y (tachado). Te quiero Chica Z. Te odio Chico Z.

El resto del descampado es un solar de tierra compacta donde se sobrebebe, donde la lluvia cae sobrecogida y el sol decolora los futuros desechados, donde se estacionan coches y se aparcan problemas, donde el balón de los niños y la comba de la niñas levantan polvo, jeringas y heces, donde el papel de plata tiene precio de oro, donde una caja de cartón y algunas malas hierbas son un chalet adosado con jardín, donde follar es fe de erratas de quererse, y donde roedores y cucarachas son los animales de compañía del barrio. El descampado es un límite rebasado que tiende a infinito con resultado de nada, donde se aprende que la realidad no es más que un continuo de los sueños de otros. El descampado es un mundo de mierda, pero esa mierda es Nuestro Mundo.

6

Atravesado en medio de la carretera está tendido boca abajo Chico B. Su cuerpo inmóvil comete una infracción al interrumpir una línea continua. El coche que lo ha arrollado era de color rojo metalizado, tenía las ruedas con los tapacubos blancos, una antena doblada con una cola de zorro en el extremo y un golpe en la puerta del conductor. Tras unos segundos después de haber parado, el conductor ha arrancado y ha dicho adiós con la mano. El acompañante del asiento de atrás ha sacado por la ventanilla la mano y ha estirado su dedo corazón mientras dejaban tras de sí olor a caucho quemado. Un bulldog de goma sobre la bandeja trasera iba diciendo sí. La matrícula era M-1285-GH. O tal vez M-1265-GH. O M-1265-GN. En la carretera han quedado restos de plástico rojo y cristales.

Chico B se ha colado debajo del coche y este lo ha arrastrado varios metros. Chico B tiene el pantalón por los tobillos y la camiseta casi le ha desaparecido.

Junto al paso de cebra está el preservativo que hace un rato le había dado, todavía lo llevaba en la mano. Ayer Chico B me pidió un preservativo, me dijo que andaba sin pasta y que hoy se iba a liar, que no podía decirme con quién. Sabía que mentía, pero yo también miento. Yo compro una caja, me guardo uno en la cartera, y los demás los voy gastando porque a veces me masturbo con un preservativo, pajas de lujo, las llamo. Cuando se me acaban le pido a alguien del barrio que me acompañe a la farmacia, así me sirve de testigo, y compro una caja nueva.

Sobre la calzada se ven restos de la piel de Chico B. Y de su vida. La parte derecha de su cara está cubierta de sangre. Tiene el ojo abierto. De él sale una lágrima que forma un surco sobre su mejilla

cubierta de polvo negro, hasta la boca. La mueca es de terror. O de sorpresa. Le faltan dientes. ¡Sonríe, Chico B! ¡Sonríe! ¡No te avergüences! Tiene abierto el cráneo. Se le ve el cerebro, pero no las ideas. Pensaba que la universidad era una pérdida de tiempo, como la mili y la objeción de conciencia, «Yo voy a ser un desertor», decía orgulloso. Pensaba ser alto y fuerte. Dentro de poco iba a comenzar a trabajar, quería unos zapatos de claqué.

–¿Para qué quieres unos zapatos de claqué?

–Quiero ser famoso.

–Entonces hazte futbolista.

–Los futbolistas son unos maricas, se miran los unos a los otros en los vestuarios.

Decía que yo era su camarada.

Su brazo izquierdo forma un ángulo recto, la palma de la mano mira hacia arriba y el dedo índice está estirado. ¿Querrá preguntar algo? Su mano derecha no se ve, está bajo su cintura. Las piernas están juntas y estiradas, parecen las de un muñeco de futbolín. Tiene los pies desnudos. Una de sus cangrejeras flota en la cuneta inundada.

7

Apenas han pasado diez minutos y una mosca ya revolotea junto al cuerpo.

«Intentó cruzar al descampado, pero un coche rojo con un golpe en la puerta y un bulldog que decía sí lo atropelló y se dio a la fuga. La matrícula era M-1265-GH. O M-1285-GN», digo a dos mujeres que se han acercado.

La mosca se ha posado sobre uno de los pies descalzos, pero el pequeño Mazinger la espanta cuando se acerca por tercera vez al cuerpo de Chico B.

–¿Quién coño ha sido esta vez? –pregunta el dueño de los ultramarinos, que carraspea y lanza un escupitajo con personalidad de Ducados.

–¡Ay, Dios mío! Creo que ha sido ese pobre chico de las cangrejeras –contesta una señora con un vestido estampado de flores tan marchitas como ella.

Le pregunto al dueño de los ultramarinos si ha podido ver la matrícula del coche.

–Yo no he visto nada. Por cierto, dile a tu padre que me debe mil doscientas treinta pesetas.

»¡Quita de aquí!

Es la cuarta vez que Mazinger se ha acercado a Chico B, ha husmeado su cuerpo y se ha vuelto gimiendo con el rabo entre las patas para pulular entre las piernas de los que miramos el cuerpo de Chico B, como si estuviésemos esperando a que se levante, se sacuda el polvo y diga algo así como «¡Qué atropello tan tonto!».

–¡Por Dios! No le pegue al perrito.

–Esto no es un perro, es un chucho.

Mazinger es un cruce de varias razas y chihuahua, esta es la única que hemos conseguido reconocer hasta ahora. Cabría en una caja de zapatos de la talla treinta y ocho. Camina sobre tres patas. Tiene los ojos saltones, las orejas grandes y puntiagudas, la nariz chata y un colmillo que sobresale dándole un aspecto agresivo.

La mosca ha vuelto a posarse sobre el ojo abierto de Chico B.

–Es usted un bruto –dice otra señora con rulos en la cabeza.

–Señoras, no me toquen los huevos, que es muy temprano.

–Y un grosero.

»Y ahora que saca el tema, ¿por qué cobra usted los huevos de dos yemas al doble?

–Pues los cobro al doble por lo que acaba usted de decir: porque tienen dos yemas.

–Sí, pero son más pequeñas. Además, ¿cómo sabe usted que

tienen dos yemas?

–Mujer, muy fácil, por el sonido: los agito cerca del oído y por el sonido sé si tienen una o dos yemas.

–¡Santo Dios, los agita! ¿Y si tienen un pollito dentro?

–Pero señora mía, ¿cómo va a tener un pollo dentro si no tengo gallo que las pise?

–Pues vaya un método. ¿Y por qué no nos devuelve el dinero cuando algún huevo de dos yemas tiene solo una?

–Hombre, señora, una equivocación la puede tener cualquiera.

–Claro, pero siempre se equivoca en el mismo sentido.

–Mi nieta estudia algo de eso de los animalitos y me ha dicho que los huevos son la menstruación de las gallinitas. ¡Virgencita! ¿Pueden creerlo?

–¿Cómo va a ser eso? Le dice usted a su nieta de mi parte que es una guarrería y una gilipollez.

Mazinger es un perro callejero, es la mascota del barrio, entre todos lo cuidamos lo mejor que sabemos, le damos de comer nuestras sobras, alimentos caducados, y a veces incluso entre pan y pan le metemos alguna mierda. Esto debe ser lo que más le gusta, porque cuando se lo damos no para de relamerse. Luego nos lame en señal de agradecimiento.

Mazinger va de nuevo a oler el cuerpo de Chico B. La mosca sale de nuevo espantada y se posa sobre la nariz de Mazinger; bizquea, la mira e intenta darle una dentellada. La mosca vuela, Mazinger corre hacia nosotros, y el insecto se posa sobre la boca de Chico B.

–Bueno, bueno, no se líen, escúcheme, la próxima vez que compre huevos de dos yemas y me salga una se lo voy a llevar para que me devuelva el dinero –dice la mujer de los rulos.

–Señora, si compra huevos de dos yemas y le sale una, mala suerte, yo no pienso devolverle una mierda.

–Lo justo es que si sale con una yema nos lo cobre de una.

–¡Ay, bendito, bendito! Tiene razón la señora.

–Aquí no estamos en un juzgado, así que déjense de si es justo o no es justo. Si les vendo un huevo de dos yemas y les sale una, pues lo siento mucho señoras mías, pero no pienso devolverles ni un duro. Si les parece, bien, y si no, los compran en otro lado.

–Es usted un impertinente.

–¡Ay, Jesús querido!

La señora del vestido de flores vuelve su cabeza hacia el cuerpo de Chico B y comienza a llorar. De su boca salen dos palabras, las veo letra a letra: una pe, una o, una be, una erre, una e, una che, una i, una ce y otra o. Las letras se estampan contra el aire, avanzan, crecen, pierden intensidad, se desvanecen. La mujer cierra los ojos, aprieta los labios hasta perder su color rosáceo y mueve la cabeza de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda. Saca de un bolsillo un pañuelo negro y se lo lleva al lagrimal seco. Camino hacia ella y la miro a los ojos:

–Puta. Hija de puta. Hija de la grandísima puta.

Mazinger vuelve sobre el cuerpo. La mosca se espanta y se posa sobre el charco de sangre que se extiende bajo el cuerpo de Chico B. El insecto mueve sus patas delanteras, las frota, se prepara para un gran banquete.

8

Me preguntarías que a qué huelen, ¿a que sí, Chico B? No lo sé, no sé a qué huelen las bolas de alcanfor. Que por qué me gustan entonces, dirías. Porque es un olor intenso. Me recuerdan que solo existe hoy. En casa utilizo antipolillas. Huelen a lavanda. O eso dicen. A mí me huelen también a alcanfor. Me gusta el de la marca que tiene dibujado un hombre con un sombrero verde, unos ojos saltones y un abrigo verde con un agujero hecho por las polillas, o

eso imagino yo. El monigote se parece a esos hombres que van vestidos solo con un abrigo y un sombrero, y que cuando se les cruza una mujer lo abren y gritan: «¡Sorpresa!». Que por qué quiero meterte un par de bolitas en los bolsillos, sería tu siguiente pregunta, ¿verdad? Porque ahora hueles bien, Chico B, estás recién duchado, pero dentro de un rato no olerás a domingo. Y supongo que no querrás que tu madre y tu padre te huelan así.

9

Los niños se tapan los oídos y los perros aúllan en distintos idiomas.

La ambulancia llega. La ambulancia se detiene junto al cuerpo.

Ya no se escuchan las sirenas. Chico A decía que las ambulancias utilizan las sirenas para ahuyentar a la muerte.

Los niños liberan sus oídos y los perros vuelven al movimiento cansino y ahogado de sus lenguas.

Las luces de la ambulancia siguen emitiendo destellos.

Una mujer y un hombre bajan de la ambulancia. El hombre se arrodilla junto a Chico B.

–Te lo he dicho: en cuanto me encienda un cigarro tendremos un aviso –dice.

Se levanta y se dirige a la parte de atrás del vehículo donde espera la mujer.

–Este no tiene pulso –dice el hombre.

La mujer saca un desfibrilador. Es una palabra difícil, tanto como rombicosidodecaedro. El hombre saca una bolsa pequeña. Se arrodillan los dos junto a Chico B y lo vuelven. La parte izquierda de su cuerpo parece un trabajo de Picasso en su época de mayor esplendor.

–Qué te parece, con una esvástica el muy pringao –dice la mujer.

¿Y tus pies, Chico B? Creo que tendrán que volver a operarte los

pies.

Le colocan las dos planchas sobre el pecho. Suena como el disparo de un fotomatón. El cuerpo de Chico B se convulsiona.

–Otra –dice la mujer.

Otra instantánea.

–Otra vez –repite–. Otra. Otra. Otra. Otra. Otra. Otra. Otra.

Diez descargas. Diez. Como las diez plagas de Egipto. Como los diez mandamientos. Diez intentos de resucitación.

Rezo.

Rezo por lo bajo para mantener oculta la fe, pero viva la esperanza.

El hombre se pone en pie y se acerca a la ambulancia. Se enciende un cigarro que saca de un maletín de plástico y que está a medio fumar. Coge una especie de sábana metálica. Vuelve dando caladas. Se arrodilla sobre el cuerpo de Chico B. Cae ceniza sobre su torso abrasado. El hombre tapa el cuerpo con esa especie de papel Albal. Listo para llevar.

10

«Intentó cruzar al descampado, pero un coche rojo lo atropelló y se dio a la fuga. La matrícula era M-1235-GN», le digo a los policías.

11

Mi madre está recostada en el sillón mirando fijamente el cuadro de la pared. En el cuadro un hombre de espaldas, con sombrero y bastón, pasea por la orilla izquierda de un río. Una barca está amarrada a un puente. En la otra orilla una gran rueda de madera hace funcionar un molino de agua. Al fondo se intuye un camino

protegido por altos chopos, son los que dan la profundidad al cuadro. Siempre he creído que hacia ese camino va el hombre, y que el camino nunca se acaba. Mi madre lleva puesta su bata rosa, es la única herencia que le dejó mi abuela.

Mi padre mira el televisor. Encima de la mesa hay tres latas de cerveza. Tiene puesto su programa favorito: el sorteo del cupón de la ONCE.

–¿Qué haces? –pregunto.

–Viendo la tele. ¿No lo ves, también eres ciego? ¡Puta mierda! Por tres números no me ha tocado. Por los tres últimos números.

Mi padre graba en vídeo los sorteos. En una libreta tiene clasificadas las cintas y qué números premiados hay en cada una de ellas. Cuando en el programa en directo no tiene suerte busca en su libreta en qué cinta tiene grabado un sorteo con un número similar al suyo y la pone. Dice que de esa forma acabará atrayendo a la suerte.

–Me ha dicho el tendero que le debes mil doscientas treinta pesetas.

–Cuando me toque esta mierda le pago. Presiento que ya estoy cerca. El día que me toque pienso irme de este barrio de mierda. Aquí os quedaréis tu madre y tú.

Coge una de las cervezas, da un trago largo y ruidoso, aplasta la lata con la mano y suelta un eructo que le convierte en rumiante.

–Han atropellado a Chico B.

–Eso os pasa por ir al descampao.

–Era mi amigo.

–¡Y a mí qué! Yo también tengo muchos amigos muertos. Vete poniendo la mesa para comer. Lo que tienes que hacer es tener cuidado que no tenemos dinero para pagar más entierros.

CAPÍTULO 2

1

Hace aproximadamente un mes, a finales de mayo, visitamos la universidad, con el objetivo de que una serie de catedraticovidentes con toga y birrete nos aconsejaran sobre nuestro futuro.

En un pasillo de una de las facultades instalaron cuatro mesas con dos sillas cada una: una para el orientador y otra para el desorientado. Nos agruparon en cuatro filas ordenadas por especialidades: científico-tecnológica, biosanitaria, ciencias sociales y humanístico-lingüística. El orientador de mi fila vestía una americana azul repleta de pelos de animal, pelusas y caspa. En la solapa llevaba una flor amarilla de tela y un pin de la facultad de Biología. «¿Qué te gustaría estudiar?», me preguntó casi sin darme tiempo a sentarme. «No lo sé». «¿Qué expectativas de futuro tienes?». «No lo sé», le contesté lo más seguro que pude de mi respuesta. Dejó escapar un largo y entrecortado «Hmmm... Hmmm...», miró durante unos segundos unos papeles por encima de las gafas, «Bien, entonces te recomiendo que estudies Magisterio». Solté una risita, casi inaudible, pero el tipo me miró serio y me preguntó si me había hecho gracia su recomendación. Me ordenó levantarme y dejar pasar al siguiente. Comprendí entonces que la función principal de la universidad es eliminar cualquier indicio de alegría en las personas.

Después nos llevaron a otro edificio. Por fuera era un cubo de hormigón arrojado sobre el terreno: invitaba a colocar una carga de dinamita para demolerlo. En la puerta de acceso se decoloraba, por las heladas y el sol, el escudo de la universidad, en el que se leía en latín el lema: «La libertad todo lo ilumina». Pronto me di cuenta de que lo que en realidad lo iluminaba todo era la empresa eléctrica. En los pasillos se mezclaba el olor que salía de las papeleras y los

servicios. Me saqué del bolsillo dos bolas de alcanfor y me las metí en las fosas nasales. Luego nos encerraron en un aula sin ventanas, alumbrada solamente con decenas de lámparas de luz blanca intermitente y sonido de avispas rabiosas. «La universidad es como la vida», dijo un tipo nada más entrar al aula por otra puerta de acceso, como si acabase de regalarnos la respuesta a las grandes incógnitas de la Humanidad, «Acomódense». Los asientos estaban distribuidos en filas, más que juntos, apretados. Estaban desconchados y te pellizcabas los pelos de las piernas con ellos. Los pupitres eran anónimos e impersonales. «Los que estudien letras serán futuros parados. Los que estudien ciencias serán futuros tarados», ese fue el alegato final con el que nos obsequió aquel hombre que debía incluir las sonrisas gastadas en su declaración de la renta.

En el colegio no era así.

En el colegio la vida era otra. Cada uno teníamos nuestra propia mesa que personalizábamos grabando nuestro nombre con la punta de los compases. Yo siempre llegaba pronto el primer día de clase, era la única vez durante el curso que no llegaba tarde: buscaba la firma de Chico A y ocupaba su pupitre.

El colegio era un lugar amable y de esparcimiento, donde los profesores te llamaban por tu nombre y tus padres te apuntaban a clases extraescolares.

En quinto curso mi madre me apuntó a clases de teatro. Mi madre quería que Chico A y yo fuésemos artistas, «Prefiero que sean artistas a científicos o ingenieros», decía orgullosa de su decisión. Cuando llegaba el fin del curso se representaba una obra de teatro en el colegio. El profesor de literatura, al que llamábamos el Mohoso, por tener el pelo de las patillas de color verde, era el encargado de organizar y dirigir las obras.

La de aquel año era un drama, pero terminó siendo una comedia: en la última escena las personas de un pueblo rodeaban el ataúd de

un hombre entre lágrimas –justo antes de esa escena nos repartieron cebollas para restregárnoslas por los ojos–, pero el que representaba al fallecido quiso ser más protagonista aún: se levantó del ataúd, y gritó: «¿¡Cómo están ustedes!?».

Después de aquel año llegó un profesor para sustituir al Mohoso. Nunca supimos qué fue de él, aunque imaginamos que el hazmerreír de la obra de aquel año y sus continuas cabezadas durante las clases tenían la respuesta. Al nuevo le bautizamos con el nombre de Kabubi, el dromedario volador, por su enorme chepa. Se presentó el primer día como uno de los mayores expertos en Shakespeare. Durante todo el curso solo nos habló de sus tesis y de las teorías de James Joyce sobre las obras del poeta, «En realidad», decía, «*Hamlet* fue una versión literaria de su hijo Hamnet, fallecido de forma prematura. Incluso la madre de Hamlet tenía algunos rasgos de su mujer, Anne Hathaway, la cual le fue infiel a Shakespeare con sus tres hermanos: Gilbert, Richard y Edward. William se vengó de ellos a través de sus obras: el envidioso y ambicioso Ricardo III fue una representación de Richard; mientras que Edward fue el hijo traidor del rey Lear. Sin embargo, Shakespeare no se vengó nunca de Gilbert. ¿Por qué? Shakespeare estaba convencido de que su hermano Gilbert era un Ser de otro planeta, de ahí su frase: "To be, or not to be, –that is the question–". En realidad Shakespeare escribió: "To Be, or not to Be, –that is the question–". ¿Os dais cuenta? "Ser, o no Ser". Por eso nunca se atrevió a vengarse de él, por miedo a ser víctima de su supuesto hermano». Evidentemente, cuando llegó la hora de elegir una obra para su representación Kabubi eligió *Hamlet*.

El año que llegó el dromedario volador les pedí a mis padres que no me apuntasen a las clases de teatro. No sé si fue por intuición o porque ya había tenido suficiente el año anterior, pero algo me decía que nunca más me haría falta interpretar una tragedia.

2

Después de lo de Chico B las semanas siguieron dividiéndose en siete días, las lluvias multiplicaron los socavones de la carretera, la rutina restó importancia a las idas y venidas de las ambulancias, y las gentes del barrio seguimos sumando atropellos:

El hijo del vendedor de cupones de la ONCE sufrió lesiones en el cerebro que ahora le hacen ver doble.

El dueño de los ultramarinos, que siempre va dormido a esas horas, salió ileso.

El chico que siempre tenía mala suerte falleció.

El chico que siempre tenía buena suerte falleció.

Mazinger, que perseguía un gato, que perseguía un ratón, perdió la pata que siempre llevaba recogida.

El drogata con cresta y un solo diente salió ileso. Se suicidó más tarde en el hospital porque no pudo soportar el mono.

El chico de los ojos verdes: ileso.

El chico de los ojos rojos: ileso.

El hijo del farmacéutico: fallecido. Le han puesto en la tumba una cruz verde que se ilumina por las noches.

El afilador salió ileso, pero perdió su bicicleta oxidada. Ahora afila las tijeras y cuchillos a mano.

El hijo del disléxico: fallecido. En la tumba le han grabado en la fecha de nacimiento la de la muerte, y asreveciv.

El hijo del ateo salió ileso y ahora toda la familia va los domingos a misa.

La mujer puta, hija de puta, hija de la grandísima puta que lloraba de mentira no fue atropellada, aunque murió de verdad.

Pero sin duda, lo que llevó al barrio a manifestarse fue el atropello de Chico B. Es lógico, ¿qué barrio quiere perder a un chico con cangrejeras?

3

He logrado, con la ayuda de Chico C, convocar al barrio a una manifestación para que reparen la carretera y coloquen un semáforo donde ahora solo hay un paso de cebra.

A Chico C le llamamos ClicClac, es el sonido que hace todo el tiempo abriendo y cerrando su Zippo. El apodo se lo puso Chico A, que era el apodador oficial del barrio. El Zippo de Chico C es dorado, aunque él asegura que es de oro. Tiene grabado el escudo de Liverpool. Su abuelo nació allí, y dice que por eso él también es un auténtico *scouser* como John Lennon. No le gusta fumar, «Lo que me gusta es la primera calada del cigarro cuando lo enciendo con el Zippo por el sabor a gasolina».

Hicimos un panfleto a mano y lo fotocopiamos. Chico C se empeñó en quemar los bordes con el Zippo.

–Así parecerán más antiguos y la gente se lo tomará más en serio (ClicClac).

–Eso no tiene sentido.

–¿Ah, no? (ClicClac). ¿Y sí lo tiene que lleves metido en los bolsillos esa mierda que te hace oler como un abuelo? (ClicClac).

Los repartimos por los buzones y los colocamos bajo los limpiaparabrisas de los coches. También los repartimos en las puertas de los institutos y pegamos unos cuantos en algunas farolas.

4

Son las diez de la mañana, pronto incluso para protestar.

He venido a la manifestación con Yessi.

Si Yessi hubiese sido un poema habría sido *Porvenir*.

Si hubiese sido una letra habría sido la ñ.

Si hubiese sido un tiempo habría sido futuro.

Si hubiese sido un mamífero habría sido un lemming.

Si hubiese sido un sonido habría sido la carta de ajuste.

Si hubiese sido un árbol habría sido el de Judas.

Si hubiese sido una novela habría sido *Octubre, octubre*.

Si hubiese sido un reptil habría sido un camaleón.

Si hubiese sido una estación habría sido verano.

Si hubiese sido un cuadro habría sido el *Guernica*.

Si hubiese sido un número habría sido phi.

Si hubiese sido un pez habría sido un pez volador.

Si hubiese sido una fotografía habría sido *Faith and Confidence*.

Si hubiese sido una señal de tráfico habría sido perfil irregular.

Si hubiese sido un insecto habría sido una efímera.

Si hubiese sido un lugar habría sido el centro de la Tierra.

Si hubiese sido una canción habría sido *Río y no sé por qué*.

Si hubiese sido una serie de ideogramas habría sido banzai.

Si hubiese sido un chico habría sido Chico A.

Yessi es la hija de la directora del instituto. Estudia filología inglesa. Quiere ser profesora. Su madre le deja impartir algunas clases cuando la profesora titular falta.

Yessi en realidad no es su nombre, pero Chico A la apodó así porque casi siempre acaba sus frases diciendo «¿Yes, sí?».

Tiene una cara joven aunque un poco acartonada. Con los labios hace un gesto extraño, un tic, como si lanzase un beso al aire que le produce unas pequeñas arrugas alrededor de la boca. Su pelo es castaño y largo, lo lleva suelto y sin brillo, lo que resalta aún más su poblado mostacho que se tiñe de rubio. Viste vaqueros ajustados, le hacen culo de melocotón. Las piernas guardan una proporción perfecta con el torso, en su caso el ombligo está justo en medio de su cuerpo. Sus pechos no son grandes ni pequeños, son ajustados a las circunstancias.

El día que la conocí, esa misma tarde, tuve en casa mi primera

experiencia con ella. Me sentí aliviado pero sucio por haberla utilizado casi sin conocernos. Por la noche el remordimiento no me dejó masturbarme pensando en ella por segunda vez, así que lo hice pensando en la profesora de ciencias, la Bicho, una mujer de unos cuarenta y cinco años, morena, con gafas, una nariz ostentosa poblada de pelo, unas piernas largas, vaqueros holgados, y jerseys de lana. Hay algo morboso en ella, tal vez algo zoofílico.

Después me sentí aún peor, sentí que había sido infiel a Yessi.

5

La plaza huele a nubes blancas y bajas, a césped recién cortado, a tierra reseca de verano.

Huele a alcohol de garrafa, a vómitos nocturnos, a peleas de sangre, a lágrimas borrachas.

Huele a ropa recién tendida. A puestos de flores. A la tierra regada de los maceteros de las terrazas.

Huele a mierda de perro y a pis de gato.

«¿Sabes que los americanos utilizaban perros para distinguir a los negros de los indios?», me dijo en una ocasión Chico A, «Se cargaban a los indios. ¿Has olido alguna vez un negro? Huelen diferente. No es que no se laven, es el olor de su piel. No sé, yo prefiero el olor de la nuestra».

Huele a basura varada en las alcantarillas. Al líquido viscoso estancado de la fuente. A la gasolina y al humo de los coches de reparto.

Huele a pan diario, a chocolate con churros, a dulces recién horneados. A café de máquina y tostadas con mantequilla y mermelada.

Huele a últimas noticias, a suplementos dominicales, a historias de *sheriff* y amores románticos, a nuevos coleccionables. A tabaco

de pipa. A ropa de domingo. A misa redentora. A sintechos lisiados pidiendo limosna.

Huele a contratiempo. A desvergüenza y a ira. A sudor y a manifestación.

El hombre de delante huele a decrepitud. A grasa rancia, a *Tyrannosaurus nicotinae tabacum Rex*, a restos de orín de casi toda una vida. La mujer que está a su lado huele a óxido. A manos reumáticas de bayetas empapadas de amoniaco y lejía. A la izquierda un hombre rezuma sol y sombra. Huele a Farias, a desahogo de látex. A mi derecha Yessi huele a mar, a mar abierto, a lascivia.

6

No sé si los bordes quemados de los panfletos que hizo Chico C han tenido algo que ver para que miles de personas hayan acudido a manifestarse. Hay tanta gente en la plaza que es inevitable el intercambio de sudor entre los cuerpos. Todas las personas parecen moverse al ritmo de un lento y desacompasado foxtrot. Pies y más pies se mueven de un lado al otro, de atrás hacia delante: pies cavos, egipcios, varos, pies griegos, talos, romanos. Todos buscando su lugar para evitar ser pisoteados.

Los pies de mi padre echaron a andar poco después de lo de Chico B, se cumplieron sus mejores augurios: se fue de casa con un reintegro bajo el brazo: «Por fin la suerte está de mi lado».

Me siento casi como un pie. Un pie plano, torpe, que tropieza con las rayas de tiza. Los míos, mis pies, están húmedos. Me los pisan. Me duelen, pero aun así me gusta sentir el contacto.

Y hay manos. Casi tantas como pies. Manos alzadas, como lanzas en Breda, en los bolsillos ocultando algo, como silbatos espontáneos, mostrando la largura de su dedo corazón, otras son

megáfonos improvisados.

Mi mano derecha se alza por encima de otras, no de muchas, de unas pocas. Mi mano sostiene el mástil de una pancarta, las astillas se me clavan. Ondear la pancarta me da valor. Una mano alzada proporciona valor a quien porta un motivo con firmeza. Esa mano orgullosa, delante de la cabeza y el corazón. El poder está en la mano, como la de la estatua que está en medio de la plaza, una estatua de Colón que señala con el dedo no a las indias, sino hacia el ayuntamiento que es hacia donde se dirigen las protestas.

7

Los gritos que se oyen se entremezclan con los ruidos de los instrumentos de cocina: cacerolas, tapas, sartenes, morteros y ollas. En bocas cerradas no entran moscas, pero entra el hambre y la desgracia, así que todo se acompaña con pitos, insultos, y alguna que otra frase ingeniosa dirigida al señor alcalde. Muchos participan en la filarmónica: niños clarinete, niñas violín, hombres tuba, mujeres arpa, viejos platillo, viejas triángulo.

–¿Has comprado el pan?

–No.

–¿Y el periódico con el coleccionable?

–No.

–¿Has hecho la cama?

–No.

–¿Has sacado el pescado del congelador?

–No.

–¿Has pagado la comunidad al presidente?

–No.

–No vales para nada, eres un cero a la izquierda.

–Hombre, mujer…

–Ya me lo decía mi madre: «No te cases con ese inútil».

–A mi hijo lo mató un coche. El conductor iba borracho. Hace ya tres años y aún no ha salido el juicio. De todas formas, me temo que cuando salga no le pasará nada al que lo atropelló. Dicen que la justicia es igual para todos. ¡Y una mierda! A mí me han robado un hijo y pido justicia, y qué me dan: largas. Tengo cáncer. Mi hijo muerto y yo con cáncer, y ese mamón riéndose. Ahí lo tiene. ¿Lo ve? Sí, ese de ahí delante. Luego dicen que no es justa la pena de muerte. ¿Sabe lo que es vivir despertándose cada día...? No siempre amanece al despertar. Pero usted qué va a saber, no sabe nada, seguro que solo sabe comer, beber y dormir.

–Señora, haga el favor de alzar más el brazo.

–Hazte un porro.

–No tengo.

–Toma. A ver si pillas.

–No tengo tabaco.

–Toma. A ver si compras.

–No tengo papel.

–Toma.

–Pero es un trozo de Biblia.

–Pues hazte un porro y reza.

–Aquel.

–Cuál.

–El de la camiseta amarilla.

–¿El que está detrás de la farola?

–No, el de al lado.

–¿El del pelo rubio?

–Ese.

–No me gusta.

–No hay quien te entienda.

–Tres. Tres con la de este año. Tres consecutivas. ¿¡Qué te parece!?

–Las otras dos no cuentan.

–¿Cómo que no?

–Solo cuenta el presente.

–¿Y las seis de Europa?

–Esas tampoco valen, solo cuenta el presente y el color.

–Te lo prometo.

–No me mientas.

–Te lo juro.

–No te creo, es imposible dormir sin respirar.

–Yo lo hago: me pongo boca arriba, me estiro, cierro los ojos, dejo de respirar y me duermo.

–¿Y entonces por qué respiras durante el día?

–Porque durante el día es cuando las plantas expulsan el oxígeno.

–¿Y por las noches?

–Por las noches también duermen.

–Te lo estás inventando.

–No me lo invento, es verdad.

–No te creo.

–¿Por qué?

–Porque ya me mentiste cuando me dijiste que nuestros padres eran los Reyes.

8

Veo, veo. ¿Qué ves? Veo una manifestación manifiesta. Una manifestación anunciada. Una manifestación controlada. Una reunión de vecinos. Una reunión de mezquinos. Seres desanimados. Bugs Bunnys. Coyotes. Correcaminos. Cazadores cazados. Carpantas. Filemones. Comedores de mortadela. Policías en lecheras de leche fría. Porras para batir a los seres Cola-Cao (Chico A era de Nesquik). Mojados. Llorosos. Rebatidos. Abatidos.

Dicen que el futuro no puede verse. Es mentira. Yo veo el futuro frente a mí. Todos los que están aquí morirán tarde o temprano. Más pronto que tarde. La muerte es madrugadora, por eso siempre nos saca ventaja: una vida.

Dos personas graban. Una de ellas se esconde tras un cíclope del siglo XX que tiene apoyado sobre un trípode, otro animal mitológico. Levanta la mano, extiende los cinco dedos y le demuestra al que sostiene un frigomicrófono que sabe contar hacia atrás. Encoge el dedo pulgar: cuatro. Esconde el meñique: tres. Guarda el anular para anunciar victoria: dos. Retrae el medio: uno. Se enciende una luz, la pupila del monstruo se dilata, deja entrar la luz y ya nada escapa a su mirada. ¡Estamos vigilados! ¡Estamos en el aire!

Muchas madres lloran, no por pena, sino porque es un año de sequía y no quieren que sus hijos pasen sed. Muchos padres fruncen el ceño, otean el horizonte en busca de soluciones a no se sabe qué. Los jóvenes somos gallos, más de cacareo que de pelea, vestimos la pose de rebeldía mientras lloramos porque tenemos sed de atenciones.

Miro a Yessi, tiene un hilo de sangre reseco en el cuello. Antes de venir hemos estado en la sala de profesores. Nos hemos sentado uno al lado del otro. Yessi ha abierto su pequeño bolso y de un pequeño bolsillo ha sacado una papelina. Ha sacado también una cucharilla. Una jeringuilla. Una gomita. Y un mecherito: se ha preparado un piquito.

–Tienes que pinchármelo tú, ¿yes, sí?

–Yo no te lo pico.

–What the fuck!? No seas gilipollas. En el cuello. ¿Yes, sí?

Es muy cuidadosa, se cuida mucho las venas, pero sobre todo se cuida de que los pinchazos no se vean. Después de pincharla en el cuello siempre me pide que la bese y le haga un chupetón. Yo hago cualquier cosa con tal de besarla.

–Tienes que dejarlo.

–Oh, cooome on! No empieces otra vez con tu sermón. ¿Te digo yo a ti algo de la mierda esa que lees? Las soplapolleces de fantasmas y ovnis. Eso sí que te agujerea el cerebro, esas historias de espíritus que mueven cosas y que hablan casi como tú. ¿No te das cuenta de que eso que lees es como la Biblia de los gilipollas? ¿Yes, sí? Todas las historias sin pies ni cabeza: la chica de la curva, voces desde el pasado que predicen el futuro, y ya por si fuera poco, caras que aparecen en las paredes. Ssshit! Eso sí que es una mierda.

Después se ha quedado tirada en la silla durante un rato, mirando al techo, con una sonrisa de satisfacción.

–Bésame, bésame en el cuello.

La he besado fuerte. Ha gemido. Ha dejado caer la cabeza hacia atrás y ha cerrado los ojos. Después de un rato los ha abierto y me ha mirado con una sonrisa agotada.

–A lo mejor lo de las caras en las paredes es verdad –me ha dicho–. ¿Yeees, sííí?

9

A pocos metros de mí se monta una reyerta, un espectáculo circense sin igual, donde todos esperan su momento para saltar a pista: un hombre sin una pierna, al que le han quitado la muleta y salta a la pata coja, se ha convertido en el equilibrista sin cuerda floja de la exhibición; dos adolescentes rubios forman la pareja de enanos albinos que cualquier circo de monstruos debe tener, no participan pero animan a pie de pista; una mujer amazona se lanza sobre la espalda de un hombre, a falta de riendas se aferra como puede a la montura: rodea la cintura con sus piernas, con el brazo izquierdo abraza el cuello, con el otro le golpea en la cabeza al tiempo que la cabalgadura relincha; un hombre se ve acorralado por cuatro

animales salvajes, utiliza una muleta que ha prendido a ciegas para amansar a las fieras que le miran con ojos asesinos, «Atrás, atrás», grita a las bestias mientras lanza algunos golpes de arriba hacia abajo y de derecha a izquierda; un joven que comenzó el *show* en un grupo, y que se pasó al otro, ahora huye de la reyerta, es el escapista y este uno de sus mejores trucos; la mujer titiritera, que mueve los hilos con su voz, dice a las marionetas cómo han de moverse, «Dale, dale, no, a tu izquierda, a tu espalda. Vamos, levántate y dale»; un viejo con una telaraña de venas rojas en su gran nariz hace de payaso, se tambalea entre los artistas principales y sale trastabillado de refriega en refriega; un hombre sale disparado del círculo, es el hombre bala del espectáculo; otro, el forzudo, coge en volandas a un individuo que hacía de tragafuegos con un puro entre los dientes, pero vuelve a dejarlo en el suelo, se ha dado cuenta, cuando lo tenía en el aire cogido del cuello, de que es su vecino de enfrente, el que le da el parte meteorológico a diario en el ascensor.

Pronto el *show* pierde interés, la gente se gira, ahora la diversión está en el balcón: el espectáculo debe continuar.

10

Por megafonía piden calma. Sale el alcalde al balcón del ayuntamiento. Lleva un traje negro como su lengua y una corbata rosa como sus promesas. El alcalde saca unas hojas del bolsillo interior de la americana, se coloca delante del micrófono, carraspea y habla.

–Vecinos.

El alcalde mira a su derecha, un hombre con bigote cepillo y la raya a un lado lo mira serio, asiente y se peina. El alcalde imita el gesto de peinarse.

–No estoy aquí como vuestro alcalde. Estoy aquí como un ciudadano más. Para ayudaros. A hombres y mujeres. Niños y niñas. Ancianos y ancianas. Pescaderos y carniceros. Jardineros y electricistas.

A la izquierda del alcalde hay una mujer. Por las arrugas y el pelo blanco aparenta tener cien años, pero por su postura parece que vivirá para siempre.

La mujer se acerca al micro.

–¡Y amas de casa!

La mujer se aparta y el alcalde vuelve a quedar delante de la alcachofa. Continúa leyendo.

–Tenemos que ayudarnos.

El hombre del bigote carraspea y se ajusta la corbata. El alcalde repite el gesto.

–Porque deseamos el bien de los demás. Pero nos hemos vuelto fríos. Helados. Razonamos mucho, sentimos poco. La humanidad, ¿dónde está la humanidad? Y lo único que necesitamos es amor y bondad.

El alcalde frunce el ceño. La gente comienza a mirarse extrañada. El hombre del bigote carraspea y dibuja una gran sonrisa. El alcalde también sonríe y continúa.

–Sé por lo que estáis aquí. Yo también soy una víctima. Han atropellado a muchos, nos han atropellado a todos. Pero no desesperéis, pelearé para que no nos traten como ganado. Pelearé contra aquellos que tienen el corazón de hielo. No somos máquinas. No somos ganado. Todos lleváis calor en vuestro corazón.

La mujer echa a un lado al alcalde y se acerca al micro.

–¡Dolor!

La mujer se aparta y mira al alcalde.El alcalde mira a su derecha, el hombre afirma con la cabeza y se aprieta un poco más el nudo de la corbata. El alcalde hace lo mismo y mira a su izquierda, la mujer sonríe y levanta el dedo pulgar en señal de victoria.

–Vecinos, luchemos juntos. No estamos solos, nos tenemos los unos a los otros. Tenemos el poder. El poder de cambiar lo que nos propongamos.

Lo abuchean.

Comienzan a lanzar objetos. Yo le lanzo unas bolas de alcanfor que llevo en los bolsillos. Si Chico A hubiese estado aquí me habría reprendido. El hombre y la mujer abren dos paraguas. El hombre asiente. La mujer muestra los dientes y levanta el pulgar. El alcalde continúa leyendo mientras recibe el impacto de varios objetos, algunos de ellos pasan cerca de mí.

–Vecinos, actuemos unidos. Sin promesas. No más promesas. Porque bajo la promesa las alimañas subimos al poder. Mentimos. Nunca hemos cumplido nuestras promesas. Nunca las cumpliremos.

La gente continúa lanzando objetos. Patalean mediante gritos y pitos. El alcalde encogiéndose de hombros mira al hombre y a la mujer. El hombre, que está agazapado tras el paraguas, lo mira serio, se coloca la americana y dibuja una gran sonrisa. El alcalde lo imita y continúa.

–Luchemos juntos para hacer realidad lo que deseamos. Amigos.

La mujer con el paraguas en la mano se acerca al micro.

–¡Dolor y pasión!

El alcalde mira al hombre, este asiente y el alcalde concluye el discurso.

–En nombre de la democracia, unámonos, luchemos por una carretera nueva, digna y noble, que garantice a la vejez seguridad y a la juventud un futuro de líneas continuas.

11

–¿Y ahora?

–Ahora le prendemos fuego (ClicClac).

–Yo no pienso hacerlo.

–Eres un cagao (CliClac ClicClac).

–Estás chiflado.

–No me jodas (ClicClac), no lo sueltes (ClicClac).

–Aquí lo dejo.

–Trae, coño (ClicClac ClicClac). Ahora vuelvo (ClicClac).

Chico C ha dejado el ratón en la jaula que nos hemos encontrado en la cuneta de la carretera.

Chico C vuelve con un ambientador en la mano. Saca su Zippo. Intenta encenderlo (Clic), pero no prende. Lo intenta de nuevo, pero no hay llama (Clac). Lo intenta otra vez (Clic), pero el mechero no quiere encenderse (Clac). Lo sacude. Vuelve a intentarlo (Clic) y esta vez sale un fogonazo naranja y amarillo que se reduce hasta quedarse en una débil llama. Coloca el Zippo frente a la jaula, destapa con la otra mano el bote, me mira y presiona el dosificador. El bote se convierte en un lanzallamas. Pasados dos segundos comenzamos a oír un chillido agudo y continuo, como el de una máquina cardiorespiratoria hambrienta de vida. El ratón comienza a dar vueltas por la jaula, se lanza contra los barrotes, me recuerda a los judíos de los documentales que se lanzaban contra las vallas, pero esta no está electrificada, solo está oxidada. Chico C mira maravillado el espectáculo del fuego y el ratón. Me mira y me sonríe.

–Apaga eso.

–Como toques la jaula te machaco.

–Que te den por culo, Chico C.

Me mira de nuevo y me sonríe.

El humo que sale del ratón es gris oscuro casi negro, del color del humo que sale de la chimenea de la fundición de acero que hay junto al barrio (Clac). Chico C vuelve a encender el mechero (Clic) y a pulsar el dosificador. Se desprende un olor a lavanda. El ratón salta, corre, busca un hueco para escapar, se golpea contra la parte

superior de la jaula. Chico C sonríe de nuevo (Clac).

–Doce segundos (ClicClacClicClac).

–Que te den por culo, joder.

–Quince (ClicClacClicClacClicClac).

A los veinte segundos el ratón se retuerce en el suelo hasta que las llamas se apagan (ClicClac). Permanece, redundantemente inmóvil. Todavía respira (Clic Clac).

A los veinticinco segundos su abdomen deja de bajar y subir.

A los veintiséis Chico C deja de sonreír (Clic Clac).

12

El recuerdo del ratón ha venido a mi cabeza cuando un hombre ha salido al balcón del ayuntamiento y se ha quemado a lo bonzo.

CAPÍTULO 3

1

En el último piso del bloque de enfrente la vecina-del-cuarto se contempla frente al espejo en ropa interior. Recoge su pelo sobre el hombro izquierdo y deja al descubierto el lado del cuello que da a la ventana. La nuestra es una relación muy especial. Nunca hemos intercambiado palabras, quizás si lo hiciésemos alguna vez concluiría esta especie de función teatral que se repite semana tras semana. Sabe que subo aquí a observarla, y se mueve frente al espejo para arrancar de mí algo más que aplausos.

Hoy va de blanco.

Vuelve su torso hacia la ventana con disimulo, como haciendo que mira su perfil izquierdo en el espejo. Después de mostrar durante unos segundos la timidez de sus tetas que se ocultan bajo el sujetador –una más que la otra–, gira el cuerpo hacia el otro lado para exhibir su culo. No es grande, en realidad le cuesta llenar las bragas, pero allí donde este deja paso a los muslos es lo mejor de ella: se forma un pequeño túnel de luz que ilumina cada lunes. Lo sabe, y se recrea: se agacha para dar volumen al culo, se acaricia de arriba abajo las piernas, como si se subiera unas medias de un material etéreo. Lo hace a cámara lenta, aunque a mí me parece demasiado rápido. Cuando termina de subirse las medias imaginarias se estira y arquea la espalda para acentuar más aún las nalgas.

Se desabrocha el sujetador y lo deja caer al suelo separando, de una forma sutil y un tanto fingida, dos dedos que terminan en unas uñas largas. Se pone una camisa a cuadros que hay tirada encima de la cama. Imagino a su padre trabajando con esa camisa en la fábrica de acero. Sabe lo que me gusta.

Ella tiene prácticamente mi edad, aunque ya tiene una hija:

pequeña, raquítica, huesuda, pero pelirroja. Nunca ha querido decir quién es el padre, aunque en el barrio solo hay un chico con herrumbre en el pelo y en el cerebro. Querer ocultarlo es como querer enterrar que los muertos salen de sus tumbas cada noche.

Se gira y mira por la ventana como si mirase hacia unas gradas repletas. Se abrocha la camisa. Los dos últimos botones de arriba quedan alejados de los ojales: ¿quién ira a la montaña? Avanza hacia la ventana. Levanta los brazos y agarra la cortina, se mantiene algunos segundos en esa posición, tal vez tres o treinta, para que su público memorice la isla y su tesoro.

Corre la cortina.

Cae el telón.

Fin de la función.

2

Siento los testículos llenos de hormigas desdentadas.

La altura que hay desde la azotea hasta el suelo no parece tanta como para pensar que pueda matarme. Creo que si saltase podría caer de pie, quizás el truco está en flexionar las rodillas al llegar al suelo. Aunque cuando dejo caer algunas bolas de alcanfor de las que llevo en los bolsillos se pulverizan al chocar contra el suelo. Al menos ahora la calle olerá mejor.

La gente me mira cuando me ven aquí subido como un espantapájaros en busca de seres a los que asustar. Algunos, pocos, me piden que baje; otros me dicen que si voy a tirarme lo haga ya.

«¡Gordo!», saludo al chico que pasa por delante del portal. «¡Gilipollas!», me contesta. A los pocos segundos pasa un hombre con poco pelo, «¡Calvo!», le digo. El tipo se baja los pantalones y me muestra el culo que tiene más pelo que la cabeza. Sale un hombre del portal, «¡Padre!», le digo. «¡Padre!», vuelvo a gritarle. El hombre

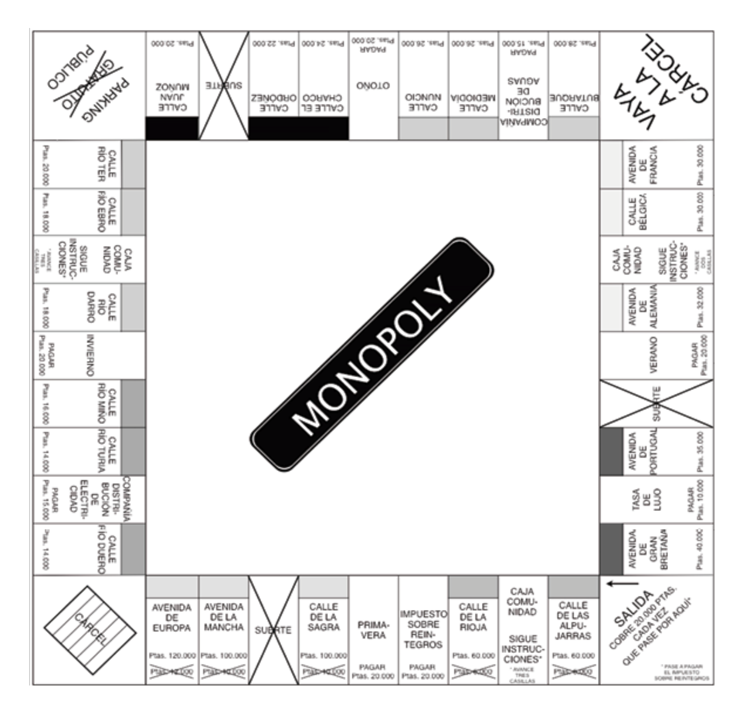
mira hacia arriba, me mira, «¡Tu puta madre!», me dice.

Recupero mi postura de pelele. ¿Fue Jesús el primer espantapájaros?

El cielo se pudre, cambia del azul al gris, y del gris al negro. La luna comienza a levantarse, tan blanca y melancólica. Me gustaría habitar en ella durante un tiempo, tal vez unas vacaciones de verano. ¿Cómo se verá el barrio desde arriba? Supongo que será un Monopoly (edición especial barrio).

¡Juguemos!

Reglas: tire el dado y haga avanzar a los seres-ficha de colores a golpe de azar, alea jacta est1. Si puedes comprar, compra; si no puedes comprar, compra; si no puedes pagar, a chirona.



Yo desde la azotea veo el barrio como si los bloques fueran barras ecualizadoras. La base rítmica del barrio es la de un *blues*, con su alma y su ritmo apesadumbrado pero acompasado.

Vivo en el bloque número veintidós. El bloque tiene cuatro plantas. Cada planta tres puertas. Cuatro plantas por tres puertas: doce espacios habitables. El número doce es un número sublime: doce meses, doce apóstoles, el día se divide en base doce, doce dioses olímpicos del Panteón, doce signos del Zodiaco, el número doce está formado por los dos primeros números primos y los dos primeros naturales, doce veces fueron las ocasiones que Chico A me contó la historia de la NASA: «Doce, doce mil millones de dólares y una década pasaron hasta que los americanos lograron fabricar un bolígrafo capaz de escribir en gravedad cero, en vertical, en horizontal, en cualquier ángulo, a menos doce grados centígrados, a docenas de grados positivos. Doce, doce mil millones de dólares. ¿Sabes cómo solucionaron los rusos el problema? Utilizando un lápiz, como el que lleva el carpintero sobre la oreja y que cuesta doce pesetas».

Mi casa es de protección oficial, sesenta metros cuadrados: una cocina, más larga que ancha, con una ventana repleta de macetas colgadas sin plantas; dos habitaciones, una de mi madre y otra en la que duermo yo; un servicio con bañera, váter y un bidé que usamos de revistero; entre las habitaciones hay un pequeño cuarto de estar, en el que comemos y callamos. Tiene una mesa camilla que cojea y un televisor a color –dos: uno blanco y otro negro–. Es un aparato beige con el marco marrón, una pantalla convexa y dos botones de rueda para sintonizar los canales. Hay también una pequeña librería en donde viven familias enteras de figuras de porcelana y en la que tres tristes libros se llenan de polvo: la *Sagrada Biblia*, *Pregúntale a Alicia* y *Cartas de un padre a la hija que se droga*; y el comedor.

Una bombilla cubierta de polvo es toda la luz que alumbra mi habitación. Si algún día decido escribir mis memorias no podré comenzar el libro diciendo: «Cada mañana un rayo de sol atravesaba la ventana dándome los buenos días». No, no podré escribir eso. Si alguna vez escribo mis memorias tendría que

comenzar diciendo: «Me despertaba cansado, más cansado que al acostarme, los muelles del colchón heredado se me clavaban en la espalda. El colchón era tan fino que cualquier princesa habría descubierto debajo de él un guisante. La puerta, con el pomo inservible, permanecía siempre abierta. Los rayos de sol entraban a trompicones por la sucia ventana. De noche, la persiana estropeada dejaba entrar la tenue luz de las farolas del barrio».

A los pies de la cama litera hay una librería torcida repleta de libros. La balda más alta solo contiene libros de viajes. En las demás los géneros están mezclados en un perfecto orden de color.

3

De niño tuve un pez. Era entre naranja y rojo, entre boquerón y sardina. Un buzo con escafandra y algunos desconchones, que vigilaba un cofre y que lo bauticé Nemo, resistía de pie sobre el fondo de piedras de colores de la pecera esférica. El cofre se abría cada pocos segundos para exhibir un tesoro: del interior surgía una burbuja que ascendía y desaparecía al llegar a la superficie. Federico, el pez, vivía atemorizado por culpa del cofre. Lo alimentaba con el compuesto de un bote que compraba en la pajarería del barrio, aunque en ocasiones especiales cazaba algunos insectos para él. Le cambiaba el agua de la pecera cuando comenzaba a volverse verde. Cuando me veía entrar en casa me saludaba dando vueltas en la pecera: el agua tiene memoria, los peces también. Nunca lo vi quieto, lo que me llevó a pensar que los peces nunca duermen. Cuando me bañaba lo metía conmigo en la bañera, jugábamos a ver quién aguantaba más la respiración bajo el agua. Era un animal sorprendente, continuamente exclamaba, «¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!». Un día fui yo quien lo sorprendí y lo liberé. Lo eché por el desagüe del fregadero, supuse que ese camino, que lo llevaría

hasta el mar, sería más limpio que el desagüe del retrete.
Unos días antes de que mi padre se fuera de casa todavía tenía la esperanza de que al despertar la situación hubiera cambiado; pero al levantarme y verle tirado en el sillón, con el pijama de lunares-chorretones, con una cerveza en la mano, hundiéndose cada día más y más en el asiento, hacía que me acordase de Federico y del porqué de su liberación.

Hubo una época en la que mi padre había querido merendarse el mundo –comérselo era demasiado pretencioso según él–. En aquel tiempo nos llevaba los domingos al rastro para cambiar cromos, nos iba a ver jugar al fútbol, nos advertía sobre los peligros de fumar, o nos llevaba al canódromo y nos hacía la estéril promesa de que algún día nos regalaría un perro.

Pero cinco años encerrado convirtieron a mi padre en un producto para reciclar. Un mes después de ingresar en la cárcel nos llevaron a verlo, fue la última vez que vi al que alguna vez fue mi padre. «Nos hicieron ponernos en fila. Uno de los carceleros llamó a un hombre travestido que se paseaba por el patio. Otro de los carceleros hizo salir de la fila a uno de los siete que habíamos entrado ese día, y le dijo, "Jódete a esta putita". Es un chico joven, tiene veintidós años, le han metido aquí por dar una paliza a un vecino del que no aguantaba sus ronquidos. El chico se negó a hacer lo que le decía el carcelero y lo apalearon. Ha estado dos semanas hospitalizado. Luego llamaron a otro y le dijeron lo mismo, "Jódete a esta putita". Este se bajó los pantalones, le levantó la falda por detrás a la mujer-hombre… Luego nos tocó el turno a los demás», y mi padre se echó a llorar. Mi madre nos sacó de allí antes de que se nos ocurriese hacer alguna pregunta.

Nunca más volvimos, «Ese no es lugar para viejos ni mujeres ni niños», dijo mi madre. Cuando mi padre entró en la cárcel era alguien o intentaba serlo. Nosotros también éramos algo o lo fingíamos. Al salir de la cárcel mi padre era un ser mortecino y

nosotros empezamos a formar parte de su gangrena.

Hacía casi un año de la muerte de Chico A cuando mi padre salió de la cárcel. Para entonces mi madre había mutado a algo parecido a un personaje de dibujos animados, a veces cuando la miraba me imaginaba al cerdo Porky diciendo: «Eso... Eso... Eso es todo amigos». Ella vivía en otros lugares. Con otras leyes físicas. Con otra gente. Con otras normas. ¿Y algunos viven en busca del misterio? Se pasaba el día sentada en la cocina haciendo algo a lo que ella llamaba comida. Decía que le gustaba cocinar, que era una experta cocinera, «Lo que mejor cocino son las acelgas». Mi padre y yo nos alimentábamos con latas de conserva, «Lo que hace tu madre es peor que la comida de la cárcel», decía mi padre. La casa siempre olía a quemado.

Solo han sido tres los hombres que han marcado la vida de mi madre: mi abuelo, mi padre y el vecino del primero segunda.

4

El vecino del primero puerta segunda del portal veintidós es farmacéutico. Mi padre y él fueron compañeros en la universidad. Cuando acabó la carrera entró a trabajar en la farmacia familiar que tenía su padre en el barrio. Ahora él es el dueño.

En una de las habitaciones de su casa tiene montado un laboratorio donde prepara fármacos por encargo, «Aquí nadie mete las narices ni me molesta».

Mi padre solía ir a visitarlo a su casa. Chico A y yo, siempre que podíamos, lo acompañábamos. Mientras ellos hablaban de principios activos y fármacos para la cura de nuevas enfermedades, nosotros nos entreteníamos en el laboratorio. Mis experimentos no tenían más sentido que el de combinar algunos líquidos de colores en probetas para acabar obteniendo una mezcla que me gustase por

su color. Chico A se dedicaba a registrar cajones y vitrinas. Siempre solía llevarse algún botín, sobre todo jeringuillas, gomas, esparadrapos y algunas vendas.

Gracias al farmacéutico mi madre es algo más que una planta de plástico cubierta de polvo. El tratamiento con antidepresivos ya no es suficiente, y él le proporciona un fármaco que hace que al menos sea capaz de retener la orina. A veces ella me mira a los ojos y siento que hay algo detrás de los suyos, pero son momentos escasos, tienen la misma duración que el pestañeo de un chino.

El farmacéutico tiene una habitación acondicionada como despacho. Junto a la ventana hay una mesa de madera con una máquina de escribir eléctrica, papeles clasificados en montones que mantiene organizados con pisapapeles plateados de animales –un elefante con la trompa hacia arriba, un búho con la cabeza girada ciento ochenta grados, una tortuga con una casa en su caparazón, y un águila con las alas desplegadas–, un juego de bolígrafo y pluma con su nombre grabado en dorado, y una silla con el respaldo alto, apoyabrazos y ruedas, «Siéntate», me dice alguna vez que voy a su casa a por la medicina para mi madre, «Esta silla me la han traído de los Estados Unidos». Detrás de la silla, en la pared, hay marcos colgados con los títulos universitarios y premios de farmacología. En la pared opuesta tiene un enorme cuadro en el que se ve a tres mujeres desnudas y un bebé: una joven, otra madura con el pelo gris, y la última cadavérica que sostiene una lanza quebrada en una mano y en la otra un reloj de arena, «Yo estoy ahora aquí», me dice señalando a la mujer del pelo gris, «Estas son mis únicas mujeres. Y las de todos. No hay ningún medicamento que pueda hacernos escapar de ellas». Chico A siempre decía que lo que necesitaba el farmacéutico era un buen polvo.

Vive solo y en el barrio no se le recuerda ninguna pareja, aunque todos sabemos que anda pillado por la vecina del primero tercera. Podría ser una bonita historia de amor, salvo por el hecho de que la

vecina es prostituta.

5

Debajo de minifaldas de cuero negro, medias de rejilla que disimulan la piel de naranja, camisetas ajustadas que realzan las tetas, pelucas rubias, y sandalias de tacón de aguja, en el primero puerta tercera del portal veintidós, la prostituta intenta ocultar su edad tras un disfraz urbano, aunque en el barrio sabemos que en su próximo cumpleaños no soplará ya cuarenta velas. Y a pesar de las cremas que se aplica en su cara se ven arrugas, porque las pomadas milagrosas ocultan la edad, pero no los años. Carne flácida como blandiblú cuelga de los brazos, las piernas y el cuello. Los dedos índice y medio tienen un tono anaranjado. Los dientes entre grises y marrones. Clavícula y cadera marcadas por huesos sin calcio.

Se deja querer también sin cobrar. La gente en el barrio la quiere, dicen que es una mujer buena que ha roto un espejo al cruzarse con un gato negro un día trece. Muchos vecinos la animan a arrejuntarse con el farmacéutico, pero precisamente eso es lo único que enciende su ira: «Ya no quiero más hombres, excepto los que pagan por media hora», dice con su voz de petaca y petas. Los tres hombres con los que se casó acabaron en malas experiencias.

El primer marido era dueño de una joyería. Lo mataron en un atraco, y ella se quedó con las deudas. El segundo marido llevaba una doble vida, o mejor dicho, una vida y media, era comercial de una multinacional francesa que vendía ambientadores de pino para retrovisores de coches. Cada semana viajaba a Francia para hacer la contabilidad de las ventas. La abandonó por otra, una mujercita francesa. El tercero era un falsificador, un día salió de casa y no volvió. De él conserva a su único hijo, Chico D, y un carnet de identidad falso en el que dice que ella nació en 1960.

Chico D es un chico de la calle. Y como buen animal callejero está acostumbrado a las inclemencias del tiempo y a la ausencia de cariño. Tiene el afecto de los yonquis, les pasa la droga que les proporciona el camello del barrio, «Él es lo más parecido que tengo a un padre. Los yonquis son mis hermanos enfermos a los que les doy su medicina». Chico D lleva un parche en el ojo, tiene un ojo vago. Chico A le apodó el Rey, porque decía que es un tuerto en el mundo de los yonquis ciegos. Un día, cuando Chico D se enteró del apodo que Chico A le había puesto a su madre, le mordió en el pómulo izquierdo y en la mejilla derecha. Chico A había apodado la Gripe a la madre de Chico D, porque muchos en el barrio la habían tenido. «Yo soy el único que puede decir que mi madre es una puta. Ahora tú vas a ser el Cicatrices», le dijo a Chico A después de los mordiscos. Aun así, le salió mal la jugada al Rey, pues curiosamente a las chicas del barrio les comenzó a parecer más atractivo Chico A con las dos cicatrices de la cara.

6

A veces en el barrio se confunde lo común con lo normal. Se confunden porque en ocasiones se visten con las mismas telas.

El camello vive en el cuarto puerta primera del portal veintidós. Es un tipo común: simpático, ni muy extrovertido ni muy introvertido, viste con vaqueros y camisetas de publicidad de marcas de bebidas, no lleva cadenas en el cuello ni relojes caros, en su muñeca luce un reloj Casio. Calza zapatillas impopulares. Va limpio pero no huele a perfume. Se peina hacia atrás pero no se echa gomina. Fuma Fortuna, el tabaco bueno de los tabacos baratos. Y conduce un coche de tercera mano.

Como camello no es normal ni común, es raro. El tío se preocupa de su «familia», «Tengo que preocuparme de mi familia, más de lo

que lo hacen los médicos de sus pacientes, porque si ellos mueren me quedo sin negocio. Para un matasanos, si uno de estos tipejos muere vendrá otro, y luego otro, y después otros: siempre habrá gente enferma. Yo tengo que cuidar a mis queridos cabrones».

El camello propuso a Chico D que lo ayudara con el negocio, que fuese él quien entregara la droga, «Quiero mucho a mis queridos cabrones, por eso me duele tanto verlos así, prefiero que sea otro el que les entregue su medicina». A cambio Chico D obtiene su protección y dos gramos de coca todas las semanas.

El camello tiene fe ciega en Chico D. El Rey se ha convertido en un experto, es él quien dice al camello cómo y cuánto debe cortar la droga para sus queridos cabrones, «Ayer palmó el Tini, pero no te preocupes, puedes seguir cortándola igual, todos los demás van saliendo adelante».

A Chico D le acabó gustando el apodo que le puso Chico A, así que le acabó perdonando por el de su madre y le ayudó a montar un negocio paralelo a Chico A, que se beneficiaba también de los yonquis del barrio. Se hicieron buenos amigos. Chico D le hacía confidencias que luego Chico A me contaba a mí. Le confesó que en alguna ocasión había sentido algo parecido al arrepentimiento, pero que cuando veía en sus manos pasta y droga se le pasaba esa sensación demasiado humana.

En una ocasión acompañé a Chico D a casa del camello. Tenía que ir a por algunas dosis que entregar y se había pasado con la coca.

–Simeacompañasteregaloungramo –decía sin espacios.

–No quiero ningún gramo. Quiero que me des dinero para comprarme bolas de alcanfor.

–¿Esocoloca?Ahaaahaaahaaa –se carcajeaba como una muñeca de risa fácil a la que se le están acabando las pilas.

–Si lo esnifas tal vez.

–Ahaaahaaaa.¡SoyelRey!¡SoyelRey!

–¿Me das la pasta?

–¿Túloesnifas?

–Lo llevo en los bolsillos. A lo mejor lo hago algún día.

–¿Meinvitarás?

–Si me das la pasta tal vez.

–Ahaaahaaaa.¡SoyelRey!¡SoyelRey!

Chico D me prometió el dinero para comprar alcanfor si le prometía que alguna vez lo esnifaríamos juntos.

Al camello no le hizo gracia que me presentase en su casa con Chico D.

–Tranquinoespeligroso.

»Aunquesevayadelalenguanadieleharácaso.

»Estáloco.

»Ahaaahaaaa.¡SoyelRey!¡SoyelRey!

El camello le dio un abrazo de padre. Chico D le apartó y le escupió en la cara.

–Tequierotío.

Ese día no hubo entregas. Acostamos a Chico D, que lloraba como un hombre-niño al que le acaban de rayar el coche recién sacado del taller.

El camello creyó que había llevado a Chico D a su casa para pedirle algo. Me preguntó qué quería, «Puedo regalarte algún gramo». Le dije que no, «Quiero dinero para comprarme bolas de alcanfor». Le hablé sobre el olor, le dije que los egipcios usaban fragancias que extraían de las plantas para los rituales de momificación, que los cristianos de las cruzadas extendían perfume sobre las armas para que los ajusticiados impregnasen con buen olor los reinos del cielo, y que los collares que regalan los hawaianos no los entregan como obsequios, sino como método contra el mal olor de los extraños. «Ya decía yo que olías raro», me dijo el camello. Al final me dio mil duros.

La casa del camello es la de un tipo común, una cocina, un

comedor, dos habitaciones y un baño completo. Pero tiene algo que la hace inusual: una habitación repleta de jaulas con canarios.

«El canario es el animal más maravilloso del mundo. Vive enjaulado desde su nacimiento, y sabe que nunca saldrá de ahí; sin embargo, es feliz, no se cuestiona nada, no medita el ayer y no piensa en el mañana. Se acicala las alas para alegrarnos con sus colores, y pasa los días cantando para el que quiera escucharlo. Es el ser más maravilloso de la creación después de mis queridos cabrones».

7

El vecino del cuarto primera del portal de al lado, el veinticuatro, vivió en el extranjero con su novia americana antes de venirse al barrio donde vive su hermano.

«La operaron en los Estados Unidos. Tardó más de un mes en recuperarse. Decidimos quedarnos a vivir allí, al menos durante un año, para que estuviera cerca de su familia. Dos meses después de la operación se despertó en mitad de la noche con la respiración entrecortada. No dimos importancia al asunto, pero los desvelos por falta de aire fueron cada vez más frecuentes. Al principio le ocurría cada semana, pero pasados tres meses ocurría cada noche. Visitamos a más de diez expertos, pero ninguno nos supo decir nada». Al final, dos investigadores les dijeron que era algo que se llamaba el síndrome de Ondine: su cerebro tenía que ser *consciente* de estar respirando, por eso al dormir, como el cerebro perdía esa *consciencia*, se *olvidaba* de respirar. La única solución era despertarla cuando dejaba de respirar, una falta de respiración prolongada podía causarle la muerte. «Desde entonces, yo dormía de día y estaba despierto de noche para vigilarla. A mí no me importaba. Nos veíamos en el desayuno y en la cena. Confiábamos en que se

curaría de repente. Pero un día, el grupo de españoles que vivíamos en la ciudad salimos a celebrar la muerte del caudillo. Nos fuimos por la mañana a casa de uno de ellos, era de Ciudad Real, y acabamos con su bodega de vinos Valdepeñas. No sé cómo llegué a casa esa noche, pero ella no me dijo nada, imaginaba que aquello que había sucedido, sin entender bien por qué, era importante para mí. Ese día no pensamos en lo que podría venir después, un golpe de estado, elecciones democráticas, u otra guerra civil, solo queríamos disfrutar de aquel momento, salir de aquella situación de la cual todos nos quejábamos y pocos hicieron por cambiarla. Aquel día la muerte nos había hecho el trabajo sucio, la labor que tendríamos que haber hecho todos juntos. Pero la muerte no siempre trae buenas noticias. Esa noche, cuando tenía que vigilarla, dormí profundamente. Y ella también. Por la mañana me despertó el canto de un canario. Era un canario rojo mosaico, me miraba desde un árbol con sus dos pequeños ojos que habían absorbido la noche».

El vecino del cuarto primera del portal de al lado, que vivió en el extranjero antes de venirse al barrio donde vive su hermano, es el pajarero del barrio, vive pared con pared con el camello, y no solo eso, también crían juntos canarios.

«El camello y yo criamos juntos canarios, ¿sabes, muchacho? Él pone el dinero y yo el tiempo, las jaulas y el hígado. Ahora tenemos nueve canarios de canto: tres Roller, tres Malonois y tres timbrados. A mí los que más me gustan son los timbrados, los Malonois tienen un canto demasiado fino, y los Roller parecen sacados de una selva negra, pero son los preferidos del camello, por eso los criamos. De color es de la variedad que más tenemos, creo que tenemos unos treinta, cuatro amarillos, dos blancos, cinco rojos, tres negros, cuatro brunos, siete melánicos y cinco isabelas. Quiero conseguir un rojo mosaico, pero es difícil, muchacho, suelen ser canarios píos. Y de postura, ¡qué belleza!, cuatro, cuatro, muchacho, dos lisos y dos

rizados. Me gustaría que los vieras, qué forma de posar, qué forma de saltar entre palo y palo. Esta mañana nos han dado la medalla de oro y plata en la categoría de canto, la de plata en color, y la de plata y bronce en diseño y postura. ¿Sabes cuánto nos ha ofrecido un tipo por los cinco canarios? ¿Quieres saberlo? ¡Cien mil pesetas! ¿Sabes qué le ha dicho el camello? "Métase sus cien mil pesetas en vena"».

Al vecino del cuarto primera del portal de al lado, que vivió en el extranjero antes de venirse al barrio donde vive su hermano, que es el pajarero del barrio, que vive pared con pared con el camello, y que no solo eso, que también crían juntos canarios, le gusta el Valdepeñas a diario, contra las depresiones y los aniversarios.

«Una pipa de girasol, una pipa de calabaza enana, la cabeza de un tornillo, los sueños de un gnomo, una mosca, las pestañas de un muñeco de plástico, el fósforo de una cerilla, la suerte del Coyote, un botón, una hormiga en reposo, la cagada de una paloma estreñida, el iris de un ojo que odia, una pastilla antidepresiva, el pezón de una gata, la letra que con sangre entra, la sangre que sale con la espina, el botón que da cuerda al reloj, la punta de un lápiz recién afilada, la cobardía de una madre».

El vecino del cuarto primera del portal de al lado, que vivió en el extranjero antes de venirse al barrio donde vive su hermano, que es el pajarero del barrio, que vive pared con pared con el camello, y que no solo eso, que también crían juntos canarios, que le gusta el Valdepeñas a diario, contra las depresiones y los aniversarios, ha hecho una tentativa de inventario de objetos y situaciones con el tamaño de la lágrima que acaba de derramar al contar al camello, después del concurso, en el bar de mi abuelo, cómo perdió a su prometida allá, la del síndrome de Ondine, en los Estados Unidos. «Qué paradoja», ha dicho.

El vecino del cuarto primera del portal de al lado, que vivió en el extranjero antes de venirse al barrio donde vive su hermano, que es

el pajarero del barrio, que vive pared con pared con el camello, y que no solo eso, que también crían juntos canarios, que le gusta el Valdepeñas a diario, contra las depresiones y los aniversarios, que ha hecho una tentativa de inventario de cosas y situaciones con el tamaño de la lágrima como la que acaba de derramar al contar al camello, después del concurso, en el bar de mi abuelo, cómo perdió a su prometida allá, la del síndrome de Ondine, en los Estados Unidos, ha escrito un par de libros sobre la cría de canarios: *Los canarios: canto, color y forma* y *El color de los canarios*. Él dice que para la cría de canarios deben tenerse demasiadas cosas en cuenta, pero existe una regla básica: «Hay que limpiar las jaulas diariamente».

8

El vecino del primero tercera del portal veinticuatro tiene un quiosco de prensa. Algunos periódicos que no devuelve se los da al pajarero para que limpie a diario las jaulas de los canarios.

De pequeño, el quiosquero soñaba con ser escultor, nos contó el pajarero, su hermano menor, que de niño le hacía de modelo, «Cada sábado por la mañana tenía que posar durante horas para que él esculpiera. Yo me aburría, veía a mis amigos jugar en la calle y lloraba. Como yo era el pequeño me pegaba. Me pegaba por cualquier cosa: por llorar, por bostezar, por pestañear, por rascarme, por decir que las esculturas no se parecían en nada a mí. Las esculturas eran horrorosas, parecían modelos de extraterrestres para películas malas de ciencia ficción; aunque él creía que era un gran escultor. Los domingos montaba un puesto en el barrio con dos botes de detergente y una tabla de madera, e intentaba vender las esculturas. Nunca vendió ninguna. Me culpaba a mí, me decía que era un modelo pésimo. Un día me cansé y le arranqué de un

mordisco un trozo del meñique. Desde entonces dejó de esculpir».

Ahora el quiosquero hace esculturas de papel, todas las figuras que realiza las expone en el quiosco. A quien quiere comprarle alguna escultura de papel le dice: «El talento no se vende». Realmente son magníficas las figuras que hace, utiliza personas y objetos del barrio como modelos. La que más me gusta es una cucaracha hecha con un billete de dos mil pesetas.

El quiosquero vende más artículos aparte de prensa: chicles que compra la Gripe para el mal sabor de boca que deja el dinero; tabaco para limpiar los pulmones tras una jornada de trabajo aleando acero; libros que cuentan historias de flores a mujeres hechas de espinas; libros de vaqueros para hombres con el cerebro repleto de polvo; postales de lugares lejanos para aquellos que nunca saldrán del barrio.

De pequeño Chico A y yo acompañábamos a mi padre a comprar el periódico de los domingos. Mi padre solo leía el periódico ese día, «El periódico del domingo es igual que el del resto de los días, pero con un suplemento que resume las malas noticias de la semana», nos decía. A Chico A le gustaba la sección de libros. A mí me gustaba la sección de cine. Nunca olvidaré el impacto que me causó un artículo sobre la criogenización de Disney.

Pero lo que más nos gusta del quiosco no son las esculturas de papel ni los suplementos de los domingos: lo que más nos gusta son las revistas porno. Como nos da vergüenza comprarlas, cuando llegan los números nuevos vamos al quiosco, y mientras uno compra cualquier cosa los demás aprovechamos para hojearlas, «Dame un chicle. De fresa. Y un cigarro. ¿Cuánto cuesta el libro este? No, entonces no, es muy caro. Mejor cámbiame el chicle por uno de clorofila. Dame otro cigarro. Y otro chicle. No, no, de fresa», intentamos alargar la compra para disfrutar el máximo tiempo posible de las nuevas revistas.

De vez en cuando alguien aparece en el descampado con alguna

revista que compartimos entre todos, nos la pasamos de mano en mano mientras nos reunimos junto a los muros de la iglesia de los testigos de Jehová para masturbarnos.

Las revistas se guardan en una caja de zapatos que custodian los yonquis, son los bibliotecarios del barrio, aunque las revistas se acaban convirtiendo en el papel higiénico de «mis queridos cabrones» a los pocos días, porque las hojas quedan acartonadas y las fotos corridas. Además siempre hay alguien que arranca alguna página para disfrutarla en soledad.

El quiosquero es un tipo rancio, de esos que llevan bigote desde la más tierna infancia para no tener que mostrar una sonrisa. Pero no es esto lo que junto al policía, que vive en el primero puerta segunda del portal veinticuatro, le convierte en el bicho raro del barrio.

9

El vecino del primero puerta segunda del portal veinticuatro es policía. Es de un pueblo donde se canta en lugar de hablar, se habla con la zeta, y deprisa en lugar de despacio.

Llegó al barrio ocultando los instintos: un día se dio cuenta de que lo único que le importaba era el cuerpo de policía y el del hermano de su novia. Esperaba encontrar respeto en la capital, pero el único respeto que encontró fue el de la placa y los favores olvidados. Ahora duerme entre esculturas de papel y tinta corrida.

«Me cago en vuestros muertos, yo soy homosexual», dice indignado cuando le llamamos maricón. Es buen tío, en algunas ocasiones nos ha salvado de ir arrestados a comisaría. Se lo agradecemos dejándole venir con el grupo a mirar mientras nos pajeamos. Al quiosquero no le hace gracia que nos acompañe, «Pero yo necesito ver también pichas jóvenes», dice el policía.

No es un policía de acción, es de los que ocultan la placa tras un escritorio junto a una máquina de escribir, un bolígrafo Bic y un quitagrapas oxidado, «Prefiero estar en la comisaría, sufro mucho pegando a la gente con la porra. Parece el cacharro de un negro empalmado».

A veces, cuando los días se hacen largos le pedimos que nos cuente alguna denuncia que pone la gente:

«–Quiero poner una denuncia –era un hombre de unos sesenta años, con un pantalón marrón de pana, una camisa verde con lamparones y un pelo con tanto aceite que se podrían haber aliñado un par de ensaladas.

–¿Qué quiere denunciar? –le pregunté yo al buen hombre.

–A mí mujé le dio anteayer un ataque epilésico.

–Lo siento mucho.

–¿De qué se ríe? ¿Le parece gracioso?

–No, no, lo siento mucho, discúlpeme –menudo mosqueo se agarró el figura.

–Lo que decía. Le dio un ataque epilésico. Llamé a una angulancia y se la llevaron al hospital. Por cierto, ponga ahí, en la hojita esa que la angulancia tardó más de diez minutos en llegar, una disvergüenza. Píntelo ahí, píntelo ahí. Aluego mi hijo me llevó al hospital. Preguntamos por mi mujé y nos dicieron que estaba en la urvi porque se había trabado la lengua y le tuvieron que hacel una tracotomía y que no podíamos pasar a verla, así que yo y mi hijo nos fuimos a casa. Ayel volvimos de mañana, nos dicieron que ya estaba enplantá y que podíamos verla. Subí yo solo, mi hijo no se atrevió, no le gustan los hospitales, sabe usté. Subí a verla, tenía un tubo en la garganta y otros más finos en los brazos. Estaba dispierta. Me miró y sonrió. "Casi nos das un disgusto", la dije desazonao, yo no sé qué habría hecho si le pasa algo. Perdón, perdón, señor guardia, es que la quiero mucho. Cuando nos casamos fuimos de luna de miel a Alicante, no se imagina usted lo bien que

lo pasamos, era la primera vez que íbamos a la playa. Me acuerdo que cuando me metí en el agua di un trago y casi me muero: ¡qué salá estaba la puta! Mi mujé se tronchaba de la risa debajo de la sombrilla. La sombrilla la compramos en un mercao, nos pedían cien pesetas, “Pero si es un paraguas grande, ¿cómo va a costar cien pesetas? Le doy cinco duros”, le dije al gitano. Dispués de regatear nos la vendió por noventa pesetas. A mí no me engaña naide, menudo soy yo. Me acerqué a mi mujé con cuidao de no trompezar con los tubos y le di un beso en la mijilla. Entonces me di cuenta que esa no era mi esposa, que me la habían cambiao.

–Pero, ¿cómo van a cambiarle a su mujer, hombre de Dios?

–Sí, sí, dende luego que es ella, ¡pues anda que no la conozco yo bien!, mejor que ninguna otra persona, el poblema es que ella no huele igual, huele diferente. Y se lo dije a la enfermera, “¿Qué le ha pasado a mi mujé que no huele como antes? No huele a naaa”. Me dicieron que la habían lavao antes de subirla a la planta. Así que, señor guardia, quiero denunciar al hospital porque le han robado a mi mujé el olor».

Las mujeres del barrio dicen que el policía es un tipo agraciado, «Qué pena que sea mariquita».

Hace lo posible para intentar actuar como un hombre común: discute de fútbol, lanza escupitajos, se rasca los huevos, dice un taco cada dos palabras en las conversaciones y arroja piropos guarros a las mujeres del barrio.

Tanto quiere ser común que busca mujer para ser fiel a la norma de sus padres y de Jesús crucificado.

10

El vecino del segundo puerta primera del portal veinticuatro es dueño de un bar en el barrio. El vecino del segundo puerta primera

del portal veinticuatro es mi abuelo.

Cada vez que mi abuelo se pasaba con los vinos, nos contaba a Chico A y a mí la historia que conocíamos de memoria de cómo consiguió el dinero para abrir el bar: «Era el año sesenta y uno. En el pueblo nos ofrecieron ir a Alemania a trabajar. Vuestra abuela no quería que fuese, decía que tenía miedo de que fuera un engaño y nos metieran a todos en un campo de concentración de esos. Al final me apunté, estaba cansado de trabajar en el campo y necesitábamos dinero para irnos del pueblo. Recuerdo que la semana de antes apenas pude dormir, quería conseguir dinero para hacernos un futuro, pero me entristecía abandonar a la abuela y a vuestra madre, que por entonces tenía dieciséis o diecisiete años. El día anterior al viaje soñé que me iba a trabajar a Alemania y me asignaban un trabajo, una mujer y una hija para que estuviese como en España; al final del sueño decidía quedarme allí con mi nueva familia postiza. Esto nunca se lo conté a la abuela.

Cuando llegó el día nos subieron en un tren que iba repleto de españoles, tan lleno que aunque los traqueteos del tren eran muy bruscos era imposible moverse, lo llamaban el tren de los emigrantes: “Vais a Núremberg”, nos dijeron. Íbamos asustados, nadie sabía dónde estaba Núremberg, para la mayoría era la primera vez que salíamos del pueblo. Un hombre que viajaba en nuestro vagón sacó un mapa y ni siquiera teníamos claro dónde estaba Alemania.

Cantábamos, bailábamos y contábamos chistes para intentar luchar contra la tristeza.

En la frontera con Francia pararon el tren y nos llevaron a unas salas de la estación. Allí nos obligaron a desnudarnos y nos hicieron un chequeo, nos miraron hasta los dientes, como a los burros. Algunos fueron enviados de vuelta a España por tener tuberculosis o algunas muelas picadas.

Cuando llegamos a la estación de Núremberg nadie se atrevía a

decir nada, el silencio solo se veía interrumpido por la voz, a través de la megafonía, de un hombre que parecía estar enfadado. Allí mismo en la estación nos dieron una tarjeta con un número de identificación. Al principio muchos se negaron a cogerla, decían que los alemanes querían que fuésemos los nuevos judíos. Yo me acordé de lo que me dijo la abuela, pero luego nos explicaron que era una especie de cartilla. Aunque estábamos asustados sabíamos que aquello era una oportunidad, Alemania era una segunda América. También nos dieron los contratos: nos daban comida y alojamiento además del sueldo. Muchos pensábamos que nos llevarían a unos apartamentos, a todo lujo, pero fuimos a parar a unos barracones preparados junto a las fábricas donde íbamos a trabajar. En los barracones no había nada de privacidad, eran unas salas grandes con decenas de camas en fila y alguna sala para pasar el rato. Los servicios estaban fuera, en invierno casi no podíamos bañarnos. Los inviernos eran horribles, recuerdo que conservábamos los alimentos congelados colocándolos sobre las repisas de las ventanas.

Escribía todas las semanas a la abuela y a vuestra madre. Era de los pocos que sabía leer y escribir. Les enviaba postales con fotografías de Alemania y les mentía cuando contaba cómo era vivir en Núremberg. Les decía que vivíamos en una especie de hotel que habían construido para los españoles que trabajábamos allí. Les decía que aquello era parecido al pueblo pero con fábricas y que pasábamos casi todo el tiempo en mangas de camisa.

Me apunté a la universidad popular para aprender alemán, pero aunque supieses hablar su idioma los alemanes no nos tenían mucho aprecio, no querían compartir con nosotros sus lugares de ocio.

A veces iba a la estación de tren para coincidir con algunos españoles y que me contasen noticias de España. Muchos de los que estaban allí querían llevarse a sus familias a Núremberg; yo no, yo quería volver a España con la mía, Alemania es para los alemanes.

Muchos salían de vez en cuando a bares de españoles, pero yo apenas salía de las barracas, los que nos quedábamos nos distraíamos jugando a los naipes.

Yo, en cuanto cobraba, ingresaba el sueldo en el banco, así evitaba la tentación de gastármelo, solo quería ahorrar para volver pronto y abrir un bar en algún lugar cerca de la capital».

En el bar viven acodados a la barra cuatro viejos que beben vino mientras discuten por el precio del chato y los aperitivos rancios: uno dice que son caros, otro carísimos, el tercero abusivos, y el cuarto dice: «Ponnos otros cuatro vinos. Con aperitivo. No, de ese vino no, del barato». El bar siempre huele a meado que mi abuelo trata de ocultar con litros de amoniaco. El suelo está cubierto por una alfombra de cáscaras de cacahuetes, colillas de cigarros apuradas hasta el filtro, y servilletas educadas que se despiden agradeciendo la visita. Las mesas tienen una capa de alcohol reseco que las mantiene borrachas. Las sillas cojas se sostienen sobre tres patas, como algunos de los hombres que entran por la puerta. En la barra hay cuentas escritas con tiza y calculadas con los dedos de las manos. De las paredes cuelgan cuadros de toreros con pocas luces y cabestros que buscan seguidores, una bandera de España y un reloj que, según mi abuelo, marca la hora de Núremberg. En un rincón, el televisor tiene constantemente puesto algún programa de debates que produce subidas de tensión entre los abonados del bar. Nunca faltan dos chorizos de Cantimpalos, colgados de la alcayata del calendario. Los chorizos dejan un camino pringoso de grasa –pobre chica del calendario– sobre el que siempre hay alguna mosca revoloteando. Solo hay un servicio, con un váter de cholón, eternamente inundado, «Es culpa del parkinsón», ponen como excusa los que apuntan, disparan y nunca dan en el blanco.

Los fines de semana Chico A y yo ayudábamos al abuelo a cambio de un dinero. Chico A se negaba a que yo sirviera en el bar, así que el abuelo me mandaba a rellenar las botellas de licor con alcohol de

garrafa, mezclar el café con achicoria, o ir a comprar vino a granel que era más barato. El abuelo tenía hecha una raya en los vasos para no echar más vino de la cuenta. Cuando Chico A se pasaba de la marca, el abuelo le amenazaba con descontarle el exceso de la paga. Pero nunca le descontó nada. Siempre dijeron que Chico A se parecía al abuelo. Lo cierto es que hacían buena pareja juntos. Recuerdo que una vez un hombre, que no era habitual, pidió un vino rosado y cuando el abuelo le fue a decir que solo tenían tinto o blanco, Chico A le dijo por lo bajo al abuelo que mientras hubiera vino tinto y blanco nunca faltaría vino rosado.

El policía es cliente del bar, dice que le gusta ir porque mi abuelo le recuerda a su padre. Es un tipo íntegro, pero suele pasar por alto los asuntos de falta de higiene y el alcohol pasado de grados. Al policía le gusta bromear con mi abuelo, todos los días le repite que tiene que conseguir casarlo con mi madre.

–Sabes que sería un buen acuerdo para los dos, joder.

–¿Otra vez? –le dice el abuelo, que mira atento el televisor donde echan *Río Bravo*.

–Hostia, no me digas que no te gustaría tenerme como hijo adoptivo, así también podría llamarte padre –dice el policía mientras se coloca los testículos a un lado–. ¿O preferirías que te llamase papi?

–La película… –Le indica el abuelo, que señala con el palo que sirve de mando.

–Venga, coño, déjate de *sheriffs* y disparos. Sabes que cuidaría muy bien de tu hija, le conseguiría medicinas de las buenas, de las que vienen de fuera, y no la mierda que le da ese puto alquimista.

–Deja de decir tacos y para ya de hacerte el macho. Lo que tienes que hacer es echarle huevos y decirle a tus padres que eres marica.

–Tú convéncela, papi, que me parece que últimamente aquí huele un poco mal y el alcohol sabe un poco raro.

1 Advertencia: la dirección del juego no se responsabiliza de las

consecuencias si algún jugador intenta cambiar el rumbo de su vida tal y como está escrito en las instrucciones de uso.

1992

CAPÍTULO 4

1

Tu suicidio fue indecente. Tú te salvaste y nos condenaste a los demás.

El barrio ha cambiado, Chico A. Han puesto el semáforo sobre el que tanto insistías. Pero además han cambiado muchas otras cosas, no lo reconocerías. Todo parece improvisado. También han asfaltado la carretera, y han construido un centro comercial y varias urbanizaciones.

¿Por qué lo hiciste? Nunca fuiste un cobarde. ¿Por qué? Cobarde. Cobarde.

Aunque tengo que reconocer que quizás mamá te exigió demasiado. No eras más que un joven que comenzaba a saber de la vida. Y mamá te exigió ser un hombre. Pero, ¿qué remedio le quedaba? Estábamos solos los tres. De todas formas, no pienses que por eso te perdono, Chico A, no es excusa para dejar los problemas a otro. Y menos a tu hermano.

Las personas del barrio también han cambiado, han llegado nuevas gentes. Y de las personas que se han quedado algunas se han adaptado a los nuevos tiempos, pero otras se encuentran desubicadas. Yo pertenezco a estas últimas.

No te gustaría el barrio. Ya no hay descampado. Ya no es nuestro barrio, ya no es Nuestro Mundo de mierda.

Chico A, ¿sabes que cuando alguien gana otro pierde? Papá ganó. Tú también ganaste. Me han dicho que papá vive en la zona de arriba, que vive con una mujer que lo mantiene. Supongo que ella fue su décimo premiado. Los dos huisteis. Os quitasteis los problemas de un plumazo y aquí me dejasteis con algo parecido a mamá. Al menos ella no es una cobarde como lo fuiste tú. Cobarde, cobarde. No puedo desear que te mueras; pero sí puedo desear que

resucites, sería mucho mejor, así podría estar toda la vida tratándote como te mereces: con indiferencia.

Pero lo que más me molesta es que creí que te conocía. ¿Te acuerdas cuando vimos en la tele ese documental sobre la tragedia de Jonestown? «¿Cómo puede suicidarse la gente? Con lo bello que es vivir», dijiste. ¿Crees que yo no he pensado también en hacerlo? Pero no puedo permitirme ese lujo.

Por cierto, ya no uso bolas de alcanfor. Me intoxiqué. Tuvieron que ingresarme en el hospital. Cuando llegué estaba azul, a punto de morir, pero me negué a irme a tu lado. Me he pasado a los desodorantes, porque sigo sin soportar el olor que me dejaste. Empecé usando desodorantes de roll-on, me los recomendó el dueño de la droguería, «Estos desodorantes son más eficaces», me dijo. Me mintió, igual que la vez que me dijo que el algodón mágico eliminaba cualquier mancha; yo no conseguí eliminar la mancha que dejó el líquido de tu descomposición en mi camiseta favorita. Las fragancias de los desodorantes de roll-on huelen poco, y además te dejan acartonada y descolorida la zona de las axilas de las camisetas. Me pasé a los de espray. Difusión en la axila izquierda, cambio, otra en la derecha, otra más en la derecha, cambio, otra difusión en la izquierda. Así me lo aplico.

2

El vecino que vive ahora en el primero puerta segunda del portal veintidós es un ingeniero informático.

Solo sale de casa para comprobar el buzón e ir a comprar a la tienda de ultramarinos.

El dueño de los ultramarinos, aparte de seguir vendiendo huevos de dos yemas, vende productos dietéticos, por lo visto ahora la gente quiere estar delgada.

–¿Vas para casa?

–Eso creo.

–Pues llévale al tío ese raro del primero esta bolsa de ganchitos que se ha olvidado.

Al abrirme la puerta me he encontrado delante con un ser desaliñado, lleva unas gafas sin montura, una pipa en la boca, un polo rosa con un cocodrilo en el pecho, y por fuera una cadena de oro con una cruz. En la muñeca derecha un reloj de agujas con la esfera grande. No lleva pantalones, solo unos bóxer a rayas, unos calcetines blancos y unas zapatillas de casa a cuadros.

Desodorante: izquierda derecha derecha izquierda.

Me ha hecho pasar y durante dos horas me ha explicado qué es la informática. Me ha hablado de pulsos eléctricos, de circuitos integrados, de silicio, de ceros y unos, de códigos hexadecimal y binario, de interrupciones y de sistemas operativos.

–¿Sabes por qué estudié informática, chaval? Quería crear un robot que me liberase de las tareas del hogar. Que hiciese la compra, que cocinara, fregara y planchara.

–¿Y por qué no lo hiciste?

–Tenía a mis padres. Luego se murieron y ya era tarde para ponerme a crearlo, ahora la informática va por otros derroteros. Llevo varios años con un proyecto secreto que no puedo contar a nadie, es algo que puede hacerme dueño del planeta. ¿Quieres que te lo enseñe, chaval?

Me lleva a una habitación donde tiene sobre la mesa una caja metálica de la que salen un montón de cables de la parte trasera.

–Esto es un PC, chaval. Con esto cambiaré el mundo.

Uno de los cables va conectado a una pantalla en la que se ven unas letras verdes. Otro de los cables va a un teclado, como el de una máquina de escribir, lleno de tabaco de pipa. Junto al escritorio hay una papelera con latas de conserva vacías, cervezas y bolsas de patatas fritas, dos sillas con ropa sucia y un colchón sin sábanas en

el suelo. Al lado del colchón una radio, a la que le faltan los botones del volumen y sintonización.

–Esta es la habitación donde creo.

Tira la ropa de una de las sillas al suelo y se sienta.

–Cógete la otra silla, chaval, no estés de pie que me pones nervioso.

–¿La ropa?

–Tírala al suelo, chaval, como si fuera tu casa.

»Te voy a enseñar mi proyecto, por el que todos me venerarán, apareceré en la televisión, en los programas de radio, en las enciclopedias. Todos querrán hacerse fotos conmigo, y pretenderán invitarme a fiestas, pero yo me negaré, porque no los necesito, chaval, soy un creador, ¿lo entiendes?: soy el Creador. Pero te advierto que como digas algo sabré que has sido tú, y entonces crearé un robot asesino para que te persiga y te machaque. ¿Lo entiendes? Teclea lo que te digo: d. No, así no, con mayúsculas. D, i, o, s, punto, b, a, t. Pulsa la tecla que pone Enter.

En la pantalla aparece una única frase: Hello world!

–¿Qué te parece, chaval? Además, como puedes observar es universal, está en inglés. ¿Reconoces ahora mi poder?

–¿Tú no follas?

–Qué pregunta es esa, chaval. Claro que no, no lo necesito, lo único que necesito es estar tranquilo en casa para poder crear. Ya sabes cómo somos los creadores.

»Este es mi primer programa, pero pronto crearé uno con el que podré controlar a las personas, convertirlas en autómatas.

»No me mires con esa cara. Déjalo, chaval. Mira, voy a enseñarte otra cosa.

Se levanta y abre el armario. De dentro sale un olor a sudor rancio. Aparta algunas perchas y del fondo del armario saca una muñeca gigante. Tiene la boca con un gran gesto de exclamación, como si acabase de ver algo inexplicable, me recuerda a la boca de

Federico, el pez. El carmín rojo con el que tiene pintado los labios está corrido. El pelo lo lleva teñido de azul. Lleva una camisa de hombre que alguna vez fue blanca. Las piernas, ligeramente abiertas, están desnudas, con tan solo unos zapatos negros de tacón.

–Te presento a Natali, chaval.

3

Hay personas de las que prescindimos sin darnos cuenta, las sustituimos por momentos perecederos, por objetos desanimados: por un camión con tres ruedas, por un balón desinflado, por una muñeca sin un mechón de pelo, por un peluche de carácter áspero. Personas que parecen de ciencia ficción, de película muda, en blanco y negro.

Hay personas que no son brillantes pero que iluminan los errores, que no hablan pero dicen. Personas que reconocen nuestros desafectos. Personas que sujetan nuestras manos sin acogerse a reglamentos. Personas inclementes a las inclemencias del tiempo.

Hay personas que no cambiarán la historia, que no descubrirán la cura contra la guerra, que el único cambio que provocarán en la humanidad será escribirla sin h, que se automedicarán contra la miseria.

Pero el barrio... Lo que importa es el barrio.

El camello un día desapareció. Un día cualquiera.O era un día nublado, un martes, por la mañana, las nubes no dejaban ver los rayos de sol, y la humedad produjo lágrimas en sus ojos. Se fue a otro lugar, fresco y seco, y no volvió.

O fue un día de sol, un lunes, por la tarde, salió de casa con un abanico en la mano, las gotas de sudor produjeron lágrimas en sus ojos. Dejó la llave bajo el felpudo, llamó al ascensor y arrancó las señas del buzón.

O un día de lluvia, un viernes, de noche, se lo llevaron, tiraron abajo la puerta, lo sujetaron por los pelos, el dolor produjo lágrimas en sus ojos. Se fue con un corte en la ceja, sin dientes de leche y sin decir adiós.

O fue simplemente un día cualquiera. Se fue. Solo. Una lágrima se le metió en el ojo. Adiós, camello, adiós.

El pajarero ha dejado de criar canarios, «Es la segunda persona querida que pierdo. El día antes de desaparecer el camello murió uno de los canarios. ¿Alguien sabe por qué se fue el camello? Era un canario rojo intenso. Padre de campeones. Uno de sus hijos fue campeón de canto. ¿Has sido tú alguna vez campeón de algo? El camello y yo sí. La primera vez que se me muere un canario. Y al día siguiente desapareció el camello, ¿alguien le vio decir adiós? Seguro que fue el hijoputa de mi hermano. Le daría el chivatazo a ese policía amanerado».

El policía desapareció otro día. Pero no uno cualquiera. Fue el mismo día que desapareció el camello. La novia de su pueblo continúa esperando. Sin embargo sus padres esperan que no vuelva. En la oficina, la máquina de escribir tendrá el carro desnudo, las denuncias habrán disminuido, el Bic se habrá secado y el quitagrapas se habrá desdentado.

El quiosquero sigue con la prensa, chicles, libros, postales y tabaco. Ya no hace esculturas de papel, ahora hace papiroflexia.

La prostituta y su rey tuerto desaparecieron otro día. Se fueron de la mano de un hombre en el interior de un coche, presuntamente robado.

No pude despedirme de Chico D: el Rey de los pobres. De los pobres ciegos. Los queridos cabrones no desaparecieron, solo se esfumaron. A otro lugar, ya no tenían espacio en el barrio. Su presencia ya no tenía ni la utilidad de enseñar lo que no debe hacerse.

Pero el barrio... Lo que importa es el barrio.

4

En el cuarto puerta primera vive un promotor inmobiliario. Es un tipo gordo. Supongo que la obesidad mórbida forma parte de su vestimenta. Las hojuelas de caspa se aferran a su barba, y los dientes, a causa del tabaco, tienen un color entre amarillo y naranja. Su aliento huele a regaliz negro, su ropa a alquitrán y nicotina mezcladas con pachuli. Viste pantalones del tamaño de sacos de patatas que, por el bien de todos, asegura con tirantes, y camisas de manga corta por las que se dejan entrever unas grandes tetas de grasa. Podría ser pariente de El Gordo Hardy; sin embargo, es primo del tipo que se quemó a lo bonzo.

El hombre antorcha sobrevivió. Pasó algún tiempo en la unidad de cuidados intensivos recuperándose de las quemaduras de tercer grado, pero sobre todo de los golpes que recibió de la mujer del pelo blanco y del hombre con el bigote a cepillo cuando intentaron sofocar las llamas a paraguazos.

Se convocaron elecciones después de la dimisión del alcalde. Las ganó el partido encabezado por el hombre antorcha. Su popularidad tras recuperarse creció a raíz de su ardiente protesta.

Desde que llegó a la alcaldía, su primo, el promotor, ha progresado mucho, tal vez demasiado. Se hizo con el terreno que antes ocupaba el descampado, donde ahora se alzan los nuevos bloques de ladrillos y cemento, «No son pisos, forman parte de un nuevo concepto de desarrollo: la urbanización».

Pero no solo dice eso, también repite incansable a cada vecino el mismo sermón, «Son una auténtica ganga. El piso le cuesta veinte millones y si pasados unos años ya no lo quiere, no pasa nada, lo podrá vender, como poco, por el doble. Hágame caso, usted tiene cara de inteligente. Además, ¿me ve cara de querer engañarle? Se lo

ofrezco porque me cae bien y quiero que aproveche esta gran oportunidad. Mire, le seré sincero, los otros pisos que he vendido no merecen tanto la pena, pero este que le ofrezco a usted es de los mejores. Ah, y piénselo rápido, tengo una larga lista de interesados. Y por el dinero no se preocupe, es cierto que no cae de los árboles, pero cualquier banco le puede dar un crédito con muy buenos intereses. Hágame caso, es una gran oportunidad, no se arrepentirá. Le doy mi palabra».

Hace poco me dijo que tenía casi todos los pisos vendidos:

–En cuanto venda todos los pisos me largo de este barrio, muchacho, no quiero ser vecino de la gente con la que he hecho negocios. ¿Tus padres no han comprado uno?

–Mi padre se fue.

Izquierda derecha derecha izquierda.

–Pues tu madre.

–Mi madre como si no estuviera.

–Pues no sé, una hermana o un hermano.

Chico A, cuando le hablé de ti me dijo que no sabía lo que era un ser pusilánime. Si le hubiese dicho que eras alto o bajo, moreno o rubio, gordo o delgado, lo habría entendido, pero no cuando dije, «Sí, pusilánime».

–Bueno, tú dile a tu madre que me queda el piso piloto y un tercero. No te voy a engañar, te seré sincero, estos dos que quedan son los mejores. Hazme caso, muchacho, es una ganga, no se arrepentirá. Te doy mi palabra.

Luego me habló del carácter rentista de los españoles, que él es un gran español, un español por los cuatro costados, y que proviene de una familia de comerciantes, «No hay nada como vivir de las rentas, muchacho».

5

Mi madre sigue viva.

Eso es lo que me digo cada día desde que ocurrió lo de Chico A. Ya no puede moverse de la cama y tampoco se esfuerza por intentar salir de ella.

Hace un par de años le diagnosticaron una enfermedad que destruye las células de los músculos: distrofia muscular de Duchenne. Cuando lo dijeron, lo primero en lo que pensé fue en qué sentirán las personas que utilizan su nombre para ponérselo a una enfermedad. Todavía a una constelación o a una estrella, pero a una enfermedad, y que además mata despacio. Distrofia muscular de Duchenne. Es como decir calle de Ortega y Gasset. Yo soy yo y mis enfermedades.

En lo segundo que pensé fue: y ahora qué. Ahora nada. Nada cambia. Todo permanece.

Se lo conté a Chico C. Le dije que muchas veces deseaba que mi madre muriera. «Te entiendo, tío, te entiendo». Y Chico C: ClicClac. Y yo: izquierda derecha derecha izquierda. «Si se muere puedo ayudarte a incinerarla» (ClicClacClicClac).

Al parecer la enfermedad es hereditaria. Cuando se lo conté al abuelo se le abrieron los ojos. «Me acuerdo que la abuela, meses antes de morir, se caía a cada rato. “Ay, no sé, no sé, se me doblan como las piernas”. Eso decía la abuela. Nunca supimos de qué murió. Antiguamente te morías de viejo, de repente, o porque te encontrabas mal».

Mi abuelo solo viene a ver a mi madre cuando se pasa con los chatos. Le habla, llora, la abraza, la besa, pero cuando se da cuenta

de que su hija no responde se trastorna y se larga.

Todos los días, a mitad de la noche, mi madre llora y me despierta. Sé que nunca unas lágrimas van a hacerme tan feliz. Mientras hay lágrimas hay esperanza.

Aun así, me siento una persona afortunada, creo que estoy cerca de tocar fondo, y entonces lo que venga solo podrá ser mejor.

6

Hay gente que continúa yendo a misa los domingos, aunque muchas personas han dejado de ir porque han comenzado a creer en un dios fiduciario.

El centro comercial que han abierto hace dos meses forma parte del proyecto de modernización del barrio. Es una gran superficie sin identidad con dos pasillos largos. En uno de los pasillos hay desde tiendas de ropa o de joyas hasta negocios de prótesis. El otro pasillo está repleto de cafeterías, bares y restaurantes de fast-food, por lo visto se está poniendo de moda la falta de tiempo y hablar en inglés en lugar de soltar latinajos. Los días de diario el centro comercial está tranquilo, pero los fines de semana familias, parejas, solteros y adolescentes pasean y de vez en cuando algunos compran algo. Aunque no todos compran: los guardias de seguridad, que llegaron gordos de tanto tragar chorizo, han adelgazado, ahora en lugar de comerlos los persiguen.

El videoclub del barrio cerró hace un mes para trasladarse a un local del nuevo centro comercial. Los dueños del videoclub me dijeron el día del traslado que los videoclubs son negocios en auge.

Hace una semana, una mujer normal, tan normal que tenía dos ojos en la cara, dos orejas, una nariz, una boca, dos piernas y dos brazos, con un pantalón vaquero y una camisa rosa a rayas, repartía publicidad del nuevo negocio que ha abierto en el local del

videoclub.

Mae Pau
Videncia y espiritualidad
Curas mediante imposición de manos
Cartas astrales
Adivinación del futuro
Médium profesional

La tal Mae Pau me dio una cuartilla, «Criatura, veo en tu aura gris que algo te aflige, veo que es algún familiar. Ven a verme, puedo ayudaros», me dijo mientras retiraba su mano de mi cabeza. ¿A quién no le aflige siempre algún familiar? Nunca he creído en espíritus ni dioses ni duendes, pero nunca se sabe.

Una semana después espero en un sillón de la consulta de Mae Pau.

Izquierda derecha derecha izquierda.

–Bienvenido, criatura, a mi humilde consulta. –Me recibe Mae Pau–. Sígueme, criatura.

Va delante de mí. Traspasa unas cortinas. La sigo.

Estamos en una habitación con las paredes llenas de imágenes de vírgenes, jesucristos y cuadros de figuras tridimensionales que se mueven: Jesús está serio, sonríe, serio, sonríe. Al final se queda serio. No es para menos, acaban de crucificarlo. El centro de la habitación está ocupado por una mesa circular con cuatro personas sentadas a su alrededor. Me pide que me siente junto a ella, a su izquierda. En el centro de la mesa hay un tablero de madera que tiene grabados un abecedario, los números del uno al cero, la palabra Adiós y, en cada esquina superior, un Sí y un No.

–Ya estamos todos –dice Mae Pau–. Vamos a comenzar la sesión con usted –dice mientras pone su mano sobre el brazo de la señora sentada a su derecha–. Si no me equivoco... –Hace una pausa, inclina hacia atrás ligeramente la cabeza y cierra los ojos–, usted quiere hablar con su hija.

Mae Pau, que luce un colgante con un candado y una llave, gira un poco la cabeza y mira a la mujer de una forma absorbente y persuasiva. La señora solo se atreve a afirmar con la cabeza lo que acaba de decir la vidente. Luego saca un vaso de debajo de la faldilla que cubre la mesa y lo coloca en el centro del tablero.

–Pongan un dedo sobre el vaso y, para abrir un canal con el más allá, repitan conmigo: Espíritus del día, espíritus de la noche, escuchad nuestra llamada, ¡revelaos!

Permanezco callado hasta que veo que las otras personas repiten las palabras. Muevo la boca sin más. No recuerdo la frase.

–¿Hay algún espíritu en la sala? –pregunta la médium mirando al techo.

Oímos un pequeño eco de la voz de Mae Pau, pero no sucede nada.

–Espíritus, ¡manifestaos!

Esta vez, el vaso se ha movido hacía la esquina superior izquierda donde se encontraba el Sí.

–¿Quién eres, espíritu?

El vaso vuelve a moverse entre las letras del tablero: M-A-M-A.

–Mamá. ¿Eres la hija de... cuál es su nombre?

–Lola, Lola, me llamo Lola.

–¿Eres la hija de Lola? El vaso se mueve de nuevo: Sí.

–¡Es ella, es ella! –grita la mujer emocionada mirándonos–. ¡Sin duda es mi hija!

Nadie dice nada. Nuestras caras son una mezcla de asombro y susto.

–¿Quiere preguntarle algo?

–¿Cómo estás, hija?

El vaso se mueve: B-I-E-N.

–¡Oh, qué feliz! Te echo de menos, hija.

Y-Y-O.

–¿Quién está contigo?

T-O-D-O-S.

–¿Está papá?

El vaso se mueve: Sí.

–¿Y la abuela?

Sí.

–¿Y el abuelo?

Sí.

–¿Están todos bien?

El vaso se mueve nuevamente al Sí.

–Quiero irme con vosotros –solloza la señora, que empieza a parecerme una mujer desquiciada.

No, indica el vaso.

–¿Le gustaría decir algo más a su hija?

–Cariño, he dejado tu habitación como estaba, no he tocado nada, pero he recogido algunas cosas que creo que no son tuyas. He encontrado un… –La mujer nos mira y se acerca al vaso como si fuese el micrófono por el que habla a su hija–. Un… –Se acerca más aún al vaso–. Un pito de goma.

El vaso se mueve rápidamente a la palabra Adiós.

–Oh, qué lástima, hemos perdido la conexión –dice Mae Pau.

–¡Pero no he podido despedirme de ella! –dice la mujer desconsolada.

–No se preocupe, si quiere otro día hacemos otra sesión. ¿A alguien más le gustaría contactar con algún ser querido? –dice rápidamente Mae Pau antes de que la señora pueda decir algo más–. ¿Te gustaría contactar a ti con algún familiar? –me pregunta.

Le contesto que no, que estoy allí solo para mirar.

–¿Pero no te gustaría hablar con alguien?

–No.

–¿Seguro? Siento que algo te apena.

–Tal vez con mi hermano.

–Muy bien. Preguntemos a los espíritus si está tu hermano entre

ellos.

–Pero no quiero hablar con él, solo me gustaría olerlo.

–¿Olerlo? –me dice Mae Pau abriendo aún más sus ojos de perra ciega.

Asiento con la cabeza.

–Qué raro eres, criatura. Bien, intentémoslo. Espíritus del día, espíritus de la noche, escuchad nuestra llamada, ¡revelaos!

Ahora sí repito la frase junto con las demás personas.

–¿Hay algún espíritu ahí?

Nada se mueve. Nadie dice nada.

–¿Está el espíritu de... cómo se llama?

–Chico A.

Me estoy arrepintiendo de haberle dado ese nombre. Le tendría que haber dicho que se llama Chico A, el Pusilánime. No soy tan bueno como era él poniendo apodos, pero al menos se ajustan tan bien como los suyos a la realidad.

Pasan algunos segundos más en los que solo nos miramos los unos a los otros y abrimos nuestras fosas nasales.

–¿Lo huelen? –dice Mae Pau mientras inspira profundo–. ¿Huelen eso?

Tres personas dicen que sí, pero yo no huelo nada, solo huelo a incienso y a mi desodorante.

–Yo no huelo nada –digo.

El hombre que está a mi lado inclina un poco su cuerpo hacia la izquierda y alza su nalga derecha. Pasan unos segundos.

–Ahora, ¿hueles a tu hermano? –me dice el hombre.

Y sí, reconozco que sí, que ese olor es parecido al de la última vez que olí a Chico A.

Los lunes también han cambiado, ya no solo comienza la semana en los trabajos y las escuelas, también es el día en el que abre la Bolsa, un juego, igual de virtual que las videoconsolas, al que cada vez más gente se está enganchando.

En el primero puerta tercera del portal veintidós ahora vive un editor de programas informativos de una reciente cadena de televisión.

Viste chalecos de cuero de distintos colores que combina con su colección de gafas, «En la óptica me han recomendado utilizar lentillas, no sé si sabes lo que son, chico. Supongo que no. Son unas lentes que se colocan en los ojos para corregir la visión. Como puedes imaginarte, chico, las he comprado, pero como las hacen bajo pedido, hasta que no me las traigan tengo que continuar llevando los chalecos para que hagan juego con las gafas. Hay que estar a la moda, chico».

El tipo me ha cogido cariño, dice que le ayudo mucho con las noticias, y por eso me invita a ir a su casa. En la habitación reservada para trabajar tiene habitualmente una botella de Chivas y un par de rayas largas y estrechas.

–Mira, chico, yo antes le daba al pegamento. Eso es una mierda. Al principio te sientes de puta madre, pero luego te duelen la cabeza y los músculos del cuerpo. Me he pasado a la coca. Es mucho mejor, te pega el subidón rápido y casi no te deja resaca, es cojonuda. ¿Que es un poco más cara? Pues sí, no voy a engañarte, pero puedo permitírmelo, soy editor de noticiarios. Te invito a una.

–No, gracias.

–Pero chico, chico, chico, cómo no vas a querer si es de la buena. Venga, hombre, no seas tonto, aprovecha que a mí me dan mierda cojonuda.

Vuelvo a negarme: izquierda derecha derecha izquierda.

–Qué cosas tan raras haces.

»Bueno, chico, lo que quieras, tú te lo pierdes. Para mi trabajo es

fundamental. Soy editor del noticiario. Si no la consumiese sería complicado seleccionar noticias.

Después de meterse las dos rayas se enjuaga los ojos con Chivas.

–Es por la sequedad que me producen las lentillas, hace tres días me llegó el primer par. No hay nada mejor que el buen whisky para lubricar los ojos.

Después saca su máquina eléctrica y comienza a seleccionar noticias de una carpeta con papeles que le llega cada mañana.

–Chico, ¿si tuvieras que elegir entre estas dos noticias cuál elegirías: que Juan Pablo II ha reconocido que la condena de la Iglesia católica contra Galileo fue injusta o que un juez ha prohibido a Woody Allen mantener contacto con su hija Dylan?

–A mí ambas me parecen una gilipollez.

–Chico, chico, chico, pero qué dices.

–Las noticias no sirven para nada. –Ahora su cara es de cabreo o de que las rayas no le pegan el subidón.

–Chico, chico, chico, no digas eso, claro que sirven, ¿quieres que te lo demuestre? Puedo generar una noticia falsa que se convierta en una primicia de interés general.

–Eso es otra gilipollez. –Comienzo a divertirme.

–Chico, chico, chico, te voy a demostrar, como editor del noticiario que soy, que los informativos son grandes directores de orquestas, las noticias son los instrumentistas y el pueblo son los instrumentos. Escucha. –Y se pone a escribir con la máquina eléctrica–. Un laboratorio químico muy afamado en España ha verificado mediante análisis farmacológicos que ciertos caramelos y calcomanías que poseían algunos niños contenían restos de droga. Según cuentan unos niños, dos personas les regalaron estos caramelos y calcomanías a la salida del colegio. Fuentes anónimas de la policía han confirmado la noticia. «Un señor y una señora muy guapos nos regalaron los caramelos. Están muy ricos, yo ya me he comido tres. ¿Quieres uno?», dijo uno de los niños al ser preguntado

por nuestros reporteros desplazados a los lugares donde fueron vistas estas personas. Al parecer se trata de una banda organizada que opera en varias ciudades con el objetivo de inducir al consumo de drogas a los más jóvenes. Hasta ahora, se han descubierto este tipo de caramelos en Madrid, Bilbao, Barcelona, Burgos, Valladolid, Valencia y Murcia. La policía recomienda a los padres que no dejen ir solos a los niños a la escuela.

8

Aunque mi abuelo continúa viviendo en el segundo puerta primera, su vida ha cambiado junto con la del bar.

Poco tiempo después de que el policía desapareciera, recibió en el bar la visita de un inspector que le obligó, entre otras cosas, a tener dos baños. Le exigió también cambiar las puertas para que abrieran hacia fuera, instalar un extractor de humos y desratizar el bar. Además, le multaron por posesión de bebidas ilegales.

En las nuevas mesas ya no se lee el futuro ni el pasado, las bayetas, que se desechan a diario, limpian todo rastro de carácter. Ya no se sirve alcohol a granel, sino vino de Rioja, bourbon, coñac francés y café colombiano. Un ayudante, al que le paga con pan y agua, hace aperitivos calientes. Mi abuelo y su ayudante visten a juego. Llevan pantalón negro y camisa blanca con lamparones. Es la indumentaria oficial del bar.

Dos muñecos, que no se sabe si van o vienen, indican la sexualidad del baño. De las paredes ya no cuelgan carteles con cuernos y coquillas, *Existen hojas de reclamaciones a disposición del consumidor*, y *Reservado el derecho de admisión*, son los dos únicos cuadros que adornan las paredes empapeladas, aunque en realidad se admite a todo aquel que entre con el monedero repleto y la garganta seca. Ahora los clientes son profesores de colegios e

institutos, que desayunan y fuman mientras aprueban deberes y suspenden derechos. Madres que después de recoger a los niños meriendan y se quejan de los maridos. Padres que después de dejar a las hijas escriben poemas a sus niñas, «Eres el hielo de mis cubatas», escribe algún romántico mientras pide su cuarta copa. Viejos que huelen a piel nueva. Albañiles con corbata, mecánicos con las uñas blancas, pobres con dinero. Es el nuevo hábitat del bar: ¿hay algo más cruel para un pobre que otro pobre que cree tener dinero?

Y mi abuelo en este juego no desentona, los que han vivido guerras y hambre saben adaptarse. Ahora él es igual que el barrio: hipócrita.

9

En el primero puerta segunda del portal veinticuatro vive un artista, al menos así se denomina él. Cada día, llueva o haga sol, sale a la plaza con un caballete, su sombrero de paja y un maletín negro repleto de restos de pintura. Se sienta siempre en el mismo banco, en el que permanece hasta que cae la noche.

–Debes dejar que el arte fluya dentro de ti –me dice.

Izquierda derecha derecha izquierda.

–Tú no te expresas a través del arte. El arte se expresa a través de ti. El arte es anterior, ya existe, solo necesita encontrarte para introducirse en tu interior. Deja que entre en tu alma. Coge un pincel y deja que el arte se exprese. Tú no eres arte, yo no soy arte, solo el arte es arte, nosotros solo somos su medio de expresión. Rafael, Velázquez, Van Gogh, Goya, no son buenos artistas, son extensiones del propio arte. Todos creen que fueron grandes pintores, que representaban algo con sus pinturas. Falso, mentira; solo tuvieron la fortuna de que el arte se adentró más en ellos. El

arte es el que cambia. El arte crea vanguardias. Solo el arte es creador de arte.

–Pero lo único que haces es crear copias del mismo círculo una y otra vez.

–No te confundas, nunca es el mismo círculo. Nunca son dos círculos perfectamente iguales.

–¿Por eso los rompes?

–Los rompo porque eso es el arte, el renacer una y otra vez, la búsqueda de la perfecta imperfección.

»Mira.

Me muestra la fotografía de una persona de cuerpo entero, un ser pequeño, no sé si niño o niña. Tiene la cabeza rapada, el cráneo abierto y vacío, sin cerebro. En cada ojo tiene pegado una moneda de un dólar americano. Tiene pegados unos auriculares tamaño gigante a las orejas. No tiene labios, ni lengua, ni dientes. Tampoco nariz. El tronco carece de extremidades. En el lugar del brazo izquierdo tiene adherida una hoz, en el derecho un martillo. En el lugar de las piernas tiene dos tanques metálicos de juguete. En el pecho izquierdo una lámina de metacrilato deja visible un corazón.

–¿Es tu creación?

–No, es obra del Arte.

1994

CAPÍTULO 5

1

En la carretera ya apenas se ven manchas de aceite sobre el asfalto: ni huellas de frenazos ni calcomanías de animales. La carretera continúa siendo una línea recta de kilómetro y medio que separa dos mundos: antes era el barrio y Nuestro Mundo, ahora es el barrio y el Nuevo Mundo.

Los nuevos ricos conducen Audi, Mercedes y BMW. Viven en las nuevas urbanizaciones con garaje, piscina, vigilante Prosegur veinticuatro horas, servicio de limpieza y jardines con rosales cuidados por jardineros profesionales.

Nuestro jardinero es el padre de Chico C. El padre de Chico C se escapó hace unos meses de la residencia en la que le habían «encerrado», según dice él. Chico C es el único hijo de su tercer matrimonio, nació cuando él tenía sesenta años. Chico C tiene otros cinco hermanos que no viven en el barrio: un hermano y una hermana del primer matrimonio, y otras dos hermanas y un hermano del segundo. Chico C no los conoce en persona, lo único que tenía de ellos era algunas fotografías y cartas, aunque tampoco tiene mucho interés por sus hermanos, ni lo tenía por las cartas y las fotografías: un día las hizo arder, «El fuego me da un calor más sincero que la familia». Ese día también quemó la alfombra y el sofá, «Sin querer (ClicClacClicClacClicClac)». Tuvieron que venir los bomberos. Desde ese día Chico C odia a los «apagafuegos (ClicClac)». La madre de Chico C es más joven que su padre, cuando nació Chico C ella tenía cuarenta.

El padre de Chico C no le habla, ni a su madre ni a nadie del barrio, culpa a todos de su encierro, aun cuando Chico C y su madre le han explicado en varias ocasiones que fueron sus otras familias quienes le mandaron a la residencia.

El padre de Chico C solo habla con las plantas. Cuando volvió comenzó a cuidarlas, y así fue como se convirtió en el jardinero del barrio. A pesar de sus cuidados los jardines están destrozados: los chicos del barrio los utilizan como campos de fútbol, las chicas para jugar a la goma, y Mazinger, nuestro vigilante del barrio, como lugar de aseo y recreo.

La hija de la vecina-del-cuarto, la niña pequeña, raquítica, huesuda, pelirroja, observa a una pareja: ella es de las nuevas ricas, él de los antiguos pobres. Están despidiéndose, seguro que ya han consumido su saliva en bacterianos besos. Se agarran las manos como en las películas románticas de Hollywood, se miran a los ojos como dos refugiados que han de separarse sin saber cuál es el futuro que les espera. El futuro es que posiblemente mañana vuelvan a verse; el porvenir es incierto, aunque previsible: ella se enamorará de otro, él se dará a la bebida para olvidar, para recordar, para reír, para llorar.

–Mamá, mira.

A unos pasos detrás de mí está la vecina-del-cuarto.

–¿Qué les pasa a esos dos, mamá?

–Están enfermos.

–¿Se van a morir?

–Sí, pero no de eso. De eso se curarán.

Hace unos meses la vecina-del-cuarto y yo rompimos nuestro pacto de no-reconocimiento. Coincidimos en la celebración del cumpleaños de Chico C entre litronas y calimochos, y el alcohol no solo desinhibió nuestras lenguas, también nuestra imaginación. Solo fue esa noche, pero a veces una noche son muchas noches.

Ella no solo ha sido la segunda chica con la que me he acostado, también ha sido mi segunda vez. La primera vez fue con Yessi, pero solo contó para mí, en un par de empujones me fui, y al mirarla, esperando encontrar un rostro de satisfacción, vi a un ser dormido con la baba cayéndole por la comisura.

22 de diciembre

Querida Yessi:

¿Hace cuánto tiempo no sabemos el uno del otro? Hoy me he acordado de ti y he decidido escribirte. No me importa no saber de tu vida, pero sí quiero que tú sepas de la mía. He buscado el cuaderno donde tenía apuntada la dirección de la casa de tus padres, donde vivías hace algunos años*. Han pasado cinco o seis años desde la última vez que hablamos, luego te dieron la beca para irte a hacer prácticas a Inglaterra. Le pedí a tu madre la nueva dirección, pero no quiso dármela: me dijo que yo podía ser una mala influencia. Tal vez tuviera razón. No sé si has vuelto a vivir a casa de tus padres, pero voy a enviarte las cartas a esa dirección. De todas formas, es la única que tengo.

Espero que hayas dejado de pincharte (estabas empezando a demacrarte, pero nunca me atreví a decírtelo porque temía que no quisieras estar conmigo nunca más, qué egoísta) y que tu sueño de convertirte en profesora de inglés se haya cumplido ya. ¿Yes, sí?

Yo continúo viviendo en el barrio, o algo parecido a lo que era. El barrio progresa, pero no sé hacia dónde. Mi madre se ha convertido en una flor muy delicada. ¿Qué flor sería mi madre: una camelia, un lirio, una dalia? Tal vez una orquídea. El abuelo está pensando cerrar el bar y volverse a Núremberg, por lo visto al haber trabajado varios años allí tiene ciertos derechos (¿por qué los hombres siempre acabamos huyendo?). Y mi padre vive con una vieja que lo mantiene.

Me alegro de volver a pensar en ti.

Con cariño

*En el cuaderno había otra cosa apuntada, una frase que me escribió Chico A cuando me lo regaló. No quería escribírtelo en el cuerpo de la carta porque me he negado a hablar de Chico A, insluso a pensar en él. Me dijo una vez: «Odiar a alguien es otorgarle demasiada importancia». Soy un ejemplar psicológico de

libro: primero fue la negación, luego la negociación, el enfado, y ahora la indiferencia.

2

Encima del portón de acceso al taller del barrio hay un letrero: está compuesto con las primeras letras del nombre del dueño con gafas de culo de vaso, seguido de las primeras letras del nombre de su mujer. En el suelo las manchas de aceite se mezclan con paladas de serrín. Los esqueletos de varios coches son el hogar de acogida de perros y gatos callejeros. El suelo hace de caja de herramientas. Los mecánicos tienen los monos sucios y rotos, y las manos, con las que saludan a todo el que entra o sale, negras de la grasa. Pintado en una de las paredes se lee:

cambio de aceite
caja y transmisión
líquido de frenos
hidráulico radiador
batería

En la otra pared solo se lee:

chapa y pintura

En la pequeña sala que hace de despacho y sala de espera hay un cartel que dice:

Hoy no se fía; mañana sí.

El calendario Pirelli tiene un lugar privilegiado: detrás del chico que cobra y recoge las llamadas, a la vista de toda persona que entra.

El dueño se apresura a salir del taller y comienza a insultar al informático que pasa junto a él y que va camino de su casa. Lleva a Natali en volandas, desnuda, con las vergüenzas al aire. El informático no le hace caso y continúa caminando. Va sonriendo. Hace una hora lo vi pasar en dirección contraria, solo llevaba una bolsa de plástico en la mano y cara de agobio.

–Eso, eso, dales el dinero a ellos, cabronazo.

El dueño del taller lo persigue y continúa insultándolo. El informático camina rápido, sonriente, como Popeye con su Olivia. Entra en el portal, se vuelve y le hace un saludo marinero al dueño del taller.

–Joputa.

»¿Tú qué miras?

El dueño del taller me mira con sus ojos extraterrestres y grita que ahora todos en el barrio se van al nuevo taller con nombre de rey.

–Que es más barato. Y que son más amables. Y más limpios. Pues no dice el tío este de los ordenadores que nosotros le manchamos su puta muñeca con nuestras manos sucias.

El informático dice que ahora a Natali le ha dado por el sado, así que cada poco tiempo tiene que llevarla al taller para que le pongan parches sobre quemaduras, pinchazos, y las costuras que se abren con el peso de su cuerpo.

26 de diciembre

Querida Yessi:

Anteayer fue Nochebuena y la pasé solo, con mi madre*. Preparé unos espárragos y unos sándwiches variados para cenar (de chóped, salchichón, queso y jamón serrano). Me llené tanto que no pude probar los turrones. A mi madre, que ya solo come purés, le di un potitos. Le compré el de pescado, me pareció que para la ocasión era lo más parecido a comer marisco. Después de la cena me quedé viendo un poco la televisión y me bebí media botella de ginebra que

encontré en el mueble bar. Supongo que mi padre la pondría allí hace años porque tenía amarillo el precinto del tapón. De hecho, creo que estaba caducada porque me sentaron mal los cuatro vasos que me tome a palo seco. Solo, con hielo, no tenía refrescos. Los cubitos que saqué del congelador sabían a pescado, cada vez que daba un sorbo parecía que estaba chupando la raspa de un pez.

El día de Navidad me comí los sándwiches que habían sobrado. Por fuera el pan estaba ya un poco seco, y por dentro estaba húmedo. En Navidad sí comí turrón y a mi madre le machaqué un poco del de chocolate: parecía una niña pequeña que acaba de comerse un helado.

Me tomé dos aspirinas para el dolor de cabeza, pero el dolor continúa acompañándome todavía. Hacía mucho tiempo que nada se encariñaba tanto de mí.

¿Crees que volveremos a vernos alguna vez?

Un fuerte abrazo

*Durante cuatro años pasamos las Navidades los tres: mi madre, Chico A y yo. Chico A y yo montábamos un árbol de Navidad con un montón de bolas y luces de colores. En lo alto del árbol poníamos un adorno que comprábamos cada año con el número del año entrante.

3

La carretera no es la única manera de marcar límites.

El quiosquero se quedó solo tras la desaparición del policía. Y decir que el quiosquero se dio a la droga no sería correcto, en realidad fue la droga quien le fue dada a él. El nuevo camello del barrio llegó con la intención de crear su nueva familia de queridos cabrones, y el quiosquero entró a formar parte de su círculo familiar. Cuando llegó, el nuevo camello comenzó a repartir dosis

por el barrio, «Si el dinero es Dios, el marketing es el Mesías», es su lema. Pero la droga del nuevo camello es aún peor que la del anterior.

Al quiosquero le quitaron el quiosco cuando se descubrió su pertenencia a esa nueva familia; sin embargo, el quiosquero ahora sonríe. Entre el bigote repleto de canas y de bordes amarillentos se le ven tres dientes ennegrecidos. Él asegura que todavía le quedan muelas, con ellas se sujeta la goma cuando se pincha. En una ocasión nos enseñó cómo se quita los dientes, «No puedo pagar un dentista, así que me los quito yo: así». El quiosquero utiliza unos alicates para arrancarse los dientes de raíces podridas. Asegura que no le duele, que «Todo está aquí», dice mientras se señala la sien con los alicates manchados de sangre. Ha intentado desengancharse un par de veces con metadona, pero en las dos ocasiones ha vuelto a los brazos de su nueva familia. El pajarero no quiere saber nada de él, dice que la culpa es suya, «Eso le ha pasado por haber dado el chivatazo», y que si el antiguo camello hubiera estado aquí el quiosquero nunca se habría enganchado. «¿Quieres que te diga algo? En realidad, me alegro. Y además, de una forma u otra iba a cogerse el sida ese maricón», porque el quiosquero se ha contagiado de sida.

El editor de programas se ha convertido en un chiste de sí mismo: usa lentillas de colores, abrigos de piel y zapatos de charol. Continúa creando noticias falsas: la de los caramelos le dio, a la cadena para la que trabaja, mucha audiencia, se hicieron programas especiales en los que se hablaba de las redes de narcotráfico. El editor se ha convertido en una pieza clave de la cadena.

«¿Qué te parece?», me pregunta el editor: «Ya son cuatro los coches en los que sus pasajeros aparecen muertos con señales de haber sido torturados. Al parecer, según un testigo, uno de los coches dio las luces de largo alcance a otro que iba en dirección contraria. El coche al que le dieron las luces de largo alcance dio

media vuelta y salió en persecución del coche que advirtió con las luces. Se trata de un coche de gran cilindrada que viaja por España a la espera de que alguien le dé las luces de largo alcance para salir tras ellos y torturar a sus tripulantes. Por ello se desaconseja a los conductores advertir a cualquier coche con las luces de largo».

El editor cada vez está más delgado, dice que no le da tiempo a comer con tanto sarao. Aunque su delgadez no es solo por la falta de alimentación, sino también por las drogas que consume para soportar su ritmo de vida, pero salvo algunas ojeras por falta de sueño, alguna rojez en los ojos y alguna arruga fruto de la edad, conserva una magnífica sonrisa y, excepto alguna caries, mantiene todas sus piezas. Siempre presume de que la mierda que toma es buena, «Lo bueno se paga, chico, yo no compro al camello del barrio».

2 de enero

Yessi:

«Tu rostro es el espejo del alba», le decía mi padre a mi madre cuando todavía se decían algo*. Ese rostro ya no se mirará más al espejo. La noche de Año Nuevo mi madre no me despertó con sus lloros. Esa mañana estaba pálida y fría, y sus ojos, oxidados de tanto llorar, habían perdido el brillo.

Año nuevo, vida nueva.

*Chico A** también decía que esa frase que mi padre le repetía casi a diario a mi madre era una cursilada.

**¿Recuerdas que te dije que no quería hablar más de Chico A? Yo también sé mentir. Ha regresado. Chico A ha regresado. Él no: su último olor. Así que he vuelto a comprarme desodorantes.

4

–Me prometiste que hoy me acompañarías a buscar trabajo.

El otro día el informático celebró el tercer aniversario de Natali y él. Es el tiempo que llevan juntos y quiso celebrarlo, invitó a la vecina-del-cuarto, su hija, Chico C y a mí. El editor se enteró de que el informático iba a dar una fiesta, así que también se apuntó, dice que se ha acostumbrado a vivir de fiesta en fiesta. El informático se puso sus mejores galas para la celebración: una camisa blanca con el cuello y los puños desgastados, unos pantalones negros, una corbata deshilachada y unos mocasines marrones. A Natali le compró un vestido rojo, de encaje, que le quedaba demasiado ceñido. En la zona del cuello le estaba tan justo que parecía que iba a estallar. Estuvimos un poco cortados al principio hasta que el poder del alcohol hizo acto de presencia. El editor le contaba algunas de sus noticias al informático mientras este permanecía abrazado a Natali. Chico C le contaba a la niña cómo le gustaría que ardiera el barrio, «Como ardió Londres (ClicClac ClicClac ClicClac)». Mientras tanto la vecina-del-cuarto y yo nos largamos a una habitación. Y después de mi tercera vez le prometí que le ayudaría a buscar trabajo al día siguiente. Pensé que se le olvidaría, pero parece que tiene buen beber.

Le he preguntado qué sabe hacer.

–Quizás podría trabajar como gogó.

–¿Y con quién dejarías a la niña?

–Con Chico C, ayer me pareció que se llevaban muy bien.

–¿Tienes currículum?

–No tengo de eso.

–¿Sabes de ropa?

–¿Tú qué crees?

Se pone a simular un pase de modelos mientras un obrero, que está trabajando en unos bloques de pisos nuevos, le ha lanzado una propuesta de truco de magia.

–En alguna tienda del centro comercial seguro que necesitan una dependienta.

La idea le resulta de lo más emocionante, me da un beso en la mejilla y se gira para decirle al obrero que se meta su varita mágica por el culo.

En el centro comercial, después de recorrer decenas de tiendas, lo único que conseguimos es que en tres de ellas le pidan un teléfono de contacto.

–No te preocupes –le digo poniendo mi mejor sonrisa–, seguro que alguna de las tres te llama.

Supongo que no deja de ser una respuesta fría y estándar, igual que cuando se acompaña en el sentimiento a las personas afectadas en un velatorio.

9 de enero

Querida Yessi:

El Día de Reyes pone fin a ese periodo tan hipócrita pero tan necesario, la realidad también necesita tomarse unas vacaciones de vez en cuando. Y el día siete mucha gente acaba con las promesas de año nuevo: la depresión hace su aparición en forma de sobrepeso, los juguetes acaban apartados en un rincón, las cuentas de las familias tiritan al observar la cuesta arriba que lleva hasta la cima de febrero.

Algunos me han enseñado sus regalos: una Vespino nueva, una cadena musical con vinilo y doble pletina, un reproductor de vídeos VHS, «El Beta está muerto»*, una chupa de cuero, un Ford Scort de segunda mano.

Mi carta de Reyes supongo que tuvo que perderse en Correos, o tal vez no fui lo suficientemente bueno durante el año. Solo pedí que el barrio volviese a ser lo que fue, pero mi petición no se ha cumplido. El barrio continúa progresando, como si el progreso fuese una máquina de apartar nieve, avanza a velocidad constante sin importar la nieve que se queda a los lados. ¿Qué te han regalado a ti, Yessi? Tal vez un juego de té.

Un abrazo

*Como Chico A**.

**También mi madre.

P.D.: los desodorantes que compré son con fragancia a bosque salvaje.

P.P.D.: gasto un bote diario.

5

La mayoría de los viernes Chico C y yo vamos a visitar al artista. Al artista lo encerraron en el manicomio después de que descubrieran algunas de sus obras de arte, al parecer la profanación de tumbas tiene más de desequilibrio mental que de delito. Al artista le han diagnosticado esquizofrenia. Él dice que las Musas le hablan, que sus manos solo son las herramientas para llevar a cabo lo que las Musas le susurran: Arte. El vecino de la habitación de al lado se cree una especie de flautista de Hamelin, siempre va silbando una canción con la que, según él, consigue que un montón de hormigas que van siempre a su lado hagan lo que él quiere: es su ejército personal. Un día Chico C y yo estábamos sentados con el artista en un banco del patio y el flautista nos dijo que le dejásemos el banco. Al ver que no le hacíamos caso ordenó a su ejército que nos atacara, «Estáis siendo atacados por el ejército más temible de este lado del mar, no de aquel lado, de este. Así aprenderéis a no desobedecer mis deseos». No nos movimos del sitio, pero el flautista se marchó feliz, creyendo que su ejército de hormigas nos habían dado nuestro merecido.

Al artista lo tienen encerrado en el pabellón de los locos no-peligrosos. A los locos más cercanos a la cordura les tienen reservadas unas habitaciones con una ventana enrejada que da al exterior, les convierten en una especie de animales de zoológico, un

entretenimiento. Muchos chicos se colocan bajo las ventanas y les insultan mientras juegan con los tirachinas a darles. Algunas chicas les enseñan las tetas para reírse de ellos mientras se masturban con una mano agarrada a la verja y otra a la verga.

Hoy le hemos regalado al artista un Mr. Potato como recuerdo de su última obra de arte. Al principio nos ha mirado con cara de enfado, pero luego nos ha sonreído y nos ha dicho que las Musas están muy agradecidas.

2 de febrero

Querida Yessi, mi Yessi:

Las cosas no van bien. Después de pasar mi particular cuesta de enero, ayer se presentó mi padre en casa. Estaba en el cuarto de estar viendo en la televisión uno de esos reportajes de África en los que siempre mueren los ñus, y justo cuando uno estaba a punto de salvarse de un león sonó el telefonillo. Pregunté quién era. Chico A* me enseñó que hay que preguntar siempre antes de abrir, «Puede ser cualquiera». Un día Chico A llamó al telefonillo y abrí sin preguntar. Cuando también abrí la puerta de casa sin preguntar se abalanzó sobre mí. Llevaba un pasamontañas. En ese momento yo no sabía que era él. Cuando me tenía en el suelo, de espaldas, con el brazo retorcido a punto de llorar, se quitó el pasamontañas y me dijo que siempre había que preguntar. «Tampoco abras a quien conteste: yo». «¿Y la mirilla? ¿Crees que es un adorno de la puerta? Hay que mirar por ella para ver quién es». Al abrir me pareció la voz de mi padre, aunque en realidad me asusté porque pensé que alguien se había enterado del fallecimiento de mi madre y que habría dado el chivatazo a la policía. Cuando tocaron a la puerta de casa observé por la mirilla y me pareció ver la cara de él. Cuando abrí la puerta comprobé que era mi padre. Y en ese momento pensé que casi hubiera preferido que fuera la policía. Tendrías que haberlo visto. Llevaba un traje de color marrón, como de fieltro, una camisa amarilla y una corbata verde. Los zapatos blancos y en

el bolsillo de la chaqueta una pequeña flor, verde también. Era lo único que llevaba a juego. En la mano tenía un ramo de margaritas que seguramente había cogido por el camino. Entró hasta el comedor sin decir nada, se sentó en el sofá y me pidió que le trajera una cerveza. Se la di y se la bebió de un trago. Soltó un eructo y se echó a reír. Me preguntó qué tal nos iba. Le dije que estaba pensando en ponerme a trabajar con el vecino taxidermista, «Antes trabajaba con él su cuñado, el marido de la hermana de su mujer, pero por lo visto se han separado y él se ha vuelto a Galicia con su familia. Me ha dicho que al principio me dedicaría solo a los repartos, pero que me irá enseñando poco a poco el oficio. Dice que mucha gente en casa tiene animales disecados, que esto es solo el principio, que es una profesión al alza, que la gente en el futuro se sentirá tan sola que todo el mundo tendrá algo disecado que le haga compañía», le dije. «Ese tío es un fracasado. Más te vale espabilar o no llegarás a ser como yo». Me contó que durante estos años le había tocado un premio de cinco mil pesetas. Que se había casado con una mujer rica. Le comenté que me habían dicho que era vieja. Se enfadó y tiró la lata de cerveza vacía contra la televisión. Me pidió otra cerveza y se la bebió sin respirar. Se levantó del sofá y fue en dirección a la habitación, pero le dije que allí no, que mirase en el arcón de la cocina. «¿Cómo la tienes así?», me preguntó cuando volvió. Le dije que nunca tiro nada.

Con cariño

*Ya no más apartes.

P.D.: ya gasto tres botes de desodorante cada día.

6

La gente de repente se ha vuelto politóloga, hasta el padre de Chico C ha recuperado el habla para dar su opinión política. Unos dicen

que España va bien. Otros dicen que va mal. El editor dice que hay que votar a los azules. El padre de Chico C dice que los buenos son los rojos. La vecina-del-cuarto que los verdes. Y el informático dice que lo que diga Natali.

He venido a desayunar al bar de mi abuelo, aunque en realidad de mi abuelo ya solo conserva el nombre. Mi abuelo traspasó el bar y se volvió a Núremberg, me dijo que ya no le retenía nada aquí. El nuevo dueño tiene un bigote muy fino, perfectamente perfilado, parece un ciempiés acostado. A pesar de sus casi ciento cincuenta quilos, y de fumar y beber como si hubiera que beberse y fumarse todo antes de que suban los impuestos, presume de ser un gran deportista. Patrocina un equipo de fútbol y eso lo convierte no solo en el presidente del equipo, también en el entrenador y jugador titular. Le he visto jugar un par de veces y cuando corre respira como si cada una de las respiraciones fuera a ser la última, es el mismo ruido que hace una furgoneta de reparto vieja.

Le he pedido un café y una torrija, «Toma, tu café y tu torrija», me ha dicho mientras sonreía de un solo lado, como si con el lado sin sonrisa estuviera ocultando algo. Cuando he dado el bocado a la torrija he comprendido el porqué de esa sonrisa: lo que creía que era una torrija era un trozo de bacalao rebozado.

En una de las mesas del bar tres hombres hablan a voces de política. En el otro extremo un chico le pregunta a su padre.

–Papá, ¿qué es la política?

–La política no es nada, la política es un negocio.

–¿Pero esos hombres entonces por qué discuten?

–¿Por qué discuten los panaderos?

–Pero, ¿por qué es un negocio?

–Porque es de lo que viven los que se dedican a la política.

–¿Y qué es la izquierda y la derecha?

–Nada.

–¿Nada?

–No, nada. La izquierda y la derecha son rencores.

–¿Por qué?

–La izquierda y la derecha son palabras que entran dentro del negocio de los políticos. A los políticos les interesa que se usen esas palabras, de esa forma enfrentan a la gente, la seleccionan, pero no quieren decir nada. Es como cuando un panadero dice que hace el pan con harina negra y otro con harina blanca. El pan es pan. A algunos les gustará más uno, y a otros otra clase de pan.

–¿Y qué son los comunistas?

–Otra etiqueta más.

–Pero algo tiene que ser. Ese hombre le acaba de llamar al otro comunista y se ha enfadado. ¿Es un insulto?

–Mira, ese hombre tiene un Mercedes y dos latifundios en su pueblo, se los explotan y él se lleva los beneficios; pero se ha leído *El capital*, dice ser ateo y por eso cree que es comunista. Son etiquetas, solo etiquetas.

–El comunista le ha llamado al otro facha, ¿qué es un facha?

–Pero a qué coño vienen tantas preguntas de esas. ¡Oye, dejad de discutir ya de política, coño!

–Papá, ¿qué es una dictadura blanda?

–Joder, ¿pero dónde escuchas eso? Una dictadura blanda es un oxímoron.

–Lo hemos estudiado en el colegio. En Historia. ¿Qué es un símoron?

–Dos palabras que son opuestas.

–No lo entiendo. ¿Y tú qué eres?

–Yo no soy nada.

–Pero algo tienes que ser.

–Soy apolítico.

–Qué es eso.

–Ser apolítico es reconocer que uno es idiota, pero que al menos lo sabe.

He pagado y me he pasado la mañana sentado en un banco del nuevo barrio.

Todo el mundo sonríe.

10 de febrero

Adorable Yessi:

Los días se me hacen eternos, sobre todo por las mañanas cuando la gente está estudiando o trabajando. Ayer le estuve hablando a Mazinger de ti. ¡Pequeño cabrón! Es el único que me escucha y me comprende. Le enseñé tu foto. Una pregunta, Yessi: en la foto que guardo de ti, la que me regalaste el día de la manifestación, ¿el sol sale o se pone? La tengo ya tan manoseada... Mazinger me dijo que le gustaría follarse tus piernas. Yo le dije que se olvidara, que esas piernas son mías. Y el cuello. Y la boca.

Creo que Mazinger no está muy bien. Hemos descubierto que tiene algo de Doberman. Y ya sabes lo que dicen, que les crece el cerebro, les crece, les crece y enloquecen. Eso le pasa por ser un cruce. Yo soy raza pura. Al menos eso decía Chico A, «Los del barrio somos pura raza».

Luego hablé con él de la muerte, lo siento Yessi, no todo va a ser hablar de ti. Le pregunté si quería que lo disecase cuando la palmase. Yo creo que no le gusta estarse quieto durante mucho tiempo. Le dije que si me moría antes que él, tenía que mearme para marcarme, que luego me enterrase como a un hueso y que luego poco a poco se alimentase de mí. Nos hicimos esa promesa. Así, si me muero antes, siempre estaré en él, porque me comerá, me cagará y volverá a comerme. Será mi pequeña búsqueda del nirvana.

Me acuerdo cuando sentía las mariposas en el estómago al verte. Luego desaparecieron. ¿Las disolvió la bilis?

Un abrazo

P.D.: hace un par de días fui al médico, tengo las axilas tan irritadas y me duelen tanto que hace que tenga que ir con los brazos

al aire, parezco uno de esos tíos musculosos que no pueden pegar los brazos al cuerpo, así que no puedo pasar mucho tiempo en la calle porque me pelo de frío. El médico me dijo que tengo que dejar de usar tanto desodorante, que además es cancerígeno. No le he hecho mucho caso, porque lo que él no sabe es que eso de que el desodorante es cancerígeno es otra de las noticias creada por el editor. Además, tengo que seguir evitando el olor de Chico A, y las colonias son muy caras.

7

Han abierto un colegio privado en el único espacio que quedaba sin construir del descampado. El colegio tiene unos muros altos de ladrillo que acaban en unas rejas afiladas en el extremo y reforzadas con alambres de espino. Tiene un campo de fútbol, tres de fútbol sala, otros tres de baloncesto con redes en las canastas, y dos pistas de tenis. Del edificio principal sale siempre el sonido de canciones de música clásica.

Los chicos y las chicas que van a este colegio caminan como si tuvieran el mástil del velero de papá metido por el culo. Huelen siempre a flores. Sus risas no son naturales: sonríen a cámara lenta, y haciendo poco ruido, de forma acompasada, como cuando una cantante de ópera entona varios ha-ha-ha seguidos. Sin embargo, nuestra risa, la de las personas genuinas del barrio, es estruendosa, veloz, y solo se acaba una carcajada para comenzar otra cuando ya estamos quedándonos sin aliento.

La vecina-del-cuarto, mientras me enumera sus deseos, me está diciendo que ella nunca llevará a su hija a ese colegio.

Por la tarde llegó corriendo para decirme que la han llamado de una tienda y la han contratado, «Esta noche ponte guapo que te invito a cenar». Me ha invitado al Burger King y me ha dicho que

pida lo que desee, «Lo que quieras, no importa lo que cueste».
Damos el primer bocado a nuestras hamburguesas, y mientras se nos derrama entre los dedos la mezcla de mahonesa, kétchup y mostaza, me dice que lo que ella quiere es ser encargada de la tienda y que luego se independizará, que quiere una vida propia.

–Tú podrás visitarnos cuando quieras. Me voy a poner a estudiar moda. ¿Crees que puedo llegar a ser encargada de la tienda?

Su pregunta ni siquiera es retórica, es una pregunta para soltar la hamburguesa en el plato y limpiarse los dedos a lametazos.

–Y también me compraré un coche. De segunda mano. Un Opel Calibra, ¿te gusta el Opel Calibra?

–Pero no tienes carnet.

–Me lo sacaré mientras estudio moda, y luego me compraré el coche. Rojo, quiero que sea de color rojo. ¿Te gusta el color rojo?

Aprovecha para dar el segundo bocado a la hamburguesa y chuparse de nuevo los dedos.

–Y después viajaré por España con el coche.

Sorbe con la pajita un poco de su bebida y continúa hablando con la boca aún llena de pan, carne, lechuga, cebolla y salsa.

–Quiero conocer mundo: Sevilla, ¡qué bonita tiene que ser Sevilla! Córdoba, Barcelona, las playas. Ah, y también quiero ir a Lisboa. ¿Vendrás conmigo?

–No creo.

–Seguro que vendrás.

Bebe de nuevo de su refresco, pega otro bocado y me da el resto de su hamburguesa.

18 de febrero

Yessi:

He estado pensando en volver a estudiar. No porque me apetezca o lo crea necesario (ya sabes que siempre he pensado que a la universidad no se va a aprender y que solo es para aquellos que no tienen tiempo que perder), de hecho estoy a punto de comenzar a

trabajar con el taxidermista, sino porque si no lo hago tendré que hacer el servicio militar: no me van a conceder una nueva prórroga, ya me dieron una por estudios y otra por cuidado de un familiar, pero ese familiar ya no existe, al menos vivo. Luego he pensado que quizás hacer la mili no está tan mal, ir a la guerra y pegar unos tiros a aquellos que te han dicho que son tus enemigos puede que esté bien, aunque no los conozcas, ni les hayas preguntado su nombre ni su edad ni su religión ni su número y color favoritos ni si les gusta *Rocky IV*. ¿Puedes creerte que después del combate, después de tantos golpes en la cabeza, podía Rocky soltar un discurso? De pequeño me golpeé la cabeza al caerme de un tejado. Yo no recuerdo el golpe, me desmayé. Él nunca lo quiso reconocer, pero me empujó Chico A, «Yo nunca te empujé. Y si lo hubiese hecho habría sido sin querer». Al despertar intenté preguntar dónde estaba y qué me había pasado, pero había perdido el habla, fueron días muy estresantes, se me cayeron hasta las uñas de las manos. Quería hablar, me decía en la cabeza lo que quería expresar, abría la boca, pero no era capaz de emitir los sonidos necesarios para hacerme oír. No sé cómo me curé, pero después de veinte días me desperté y grite, «¡Fuiste tú, Chico A!», y me oí. Desperté a todos y les conté cualquier cosa que se me pasaba por la cabeza. Lo único que quería era hablar. Y culpar a Chico A.

Me cuenta el artista que las Musas dicen que la guerra es la sublimación absoluta del Arte; toda esa destrucción, el polvo que cubre de gris el lienzo de las calles, los órganos amputados libres de la dictadura del cuerpo, los ojos abiertos de espanto, las bocas sin dientes pidiendo clemencia, las armas inocentes abandonadas a su suerte, los altos mandos comiendo sobre las banderas enemigas, viendo cómo progresa la guerra en un televisor a color.

Algo de razón tiene.

Un abrazo

P.D.: he reducido el consumo de desodorante de tres a dos, pero

aun así, me están empezando a salir ampollas en las axilas.

8

El padre de Chico C *corre* detrás de unos niños que estaban jugando con el balón en el jardín. Los persigue con el rastrillo de barrer las hojas. No sería la primera vez que golpea con el rastrillo a alguien, el último fue un niño que estaba cavando un agujero en el césped, le golpeó con el rastrillo en la cabeza y le hizo una brecha, «¿A que duele?», fue todo lo que le dijo el padre de Chico C al niño. El niño fue a decírselo a sus padres y lo único que consiguió de ellos es que le dijeran que lo tenía bien merecido.

Después de que los niños se han ido, el padre de Chico C ha dejado el rastrillo apoyado en un seto, se ha sentado en una banqueta, que ha fabricado con el corte de un tronco y tres maderos más finos que hacen de patas, ha sacado un libro y se ha puesto a leer en alto a los rosales.

12 de marzo

Querida Yessi:

El veinte de febrero comencé a trabajar con el taxidermista. Por las mañanas hago los repartos y por las tardes me enseña a disecar animales.

La primera semana me enseñó a desollar un cuerpo. El animal tiene que estar lo más fresco posible –si todavía emite algún sonido mejor (eso se lo dije para hacerlo reír, pero su rostro permaneció inmóvil como el del animal que teníamos delante)– porque pronto comienza el proceso de descomposición. Le pregunté si el cuerpo podía conservarse congelado. Aunque esto lo pregunté totalmente en serio la cara fue la misma que al soltar la gracia. Empecé a pensar que su rostro era así, como de aguantar la respiración, con los ojos muy abiertos y sin gesto. Lo primero es tomar las medidas:

desde la nariz a la cola, el cráneo, la circunferencia del cuello y pecho, y las extremidades. Luego se hace una incisión en Y, hay que ser muy minucioso para no pinchar la piel y no estropearla. Cuando se va retirando la piel hay que procurar no coger nada de carne. La piel del cráneo es especial, al separarla hay que desollar la nariz, los labios y los párpados. Son operaciones muy complicadas porque se trata de zonas muy finas, y si no se hace bien, aunque luego se cosan, la piel puede quedar tirante y los ojos no se podrán colocar adecuadamente. ¡Los ojos, Yessi, los ojos! ¿Qué tiene la mirada, Yessi, que cuando no está es como si no tuviéramos alma? (Sin embargo, a mí no se me olvida la mirada de Chico A y él ya no está). Los labios y los párpados se abren por la mitad para rellenarlos. De la nariz hay que quitar el cartílago. A las orejas se les da la vuelta. La segunda semana me enseñó a trabajar la piel. Primero hay que limpiarla muy bien, raspar la grasa y la carne porque si no la piel se pudre. Luego se lava con agua y con jabones especiales para eliminar la suciedad. Yo aprovechaba también para lavarme las axilas y echarme desodorante. (He vuelto a gastar tres botes de desodorante por día, vuelvo a tener las axilas en carne viva. El roce de la ropa me produce una mezcla de dolor y escozor, así que me rasco y me alivia, dejo de rascarme y me duele. Rascarme tanto ha hecho que se me produzcan heridas. Mis axilas son como la ladera de un volcán que ha escupido su lava sobre ella). ¿No es curioso que un lugar repleto de cuerpos muertos, como es el taller del taxidermista, huela a limpio y sin embargo el recuerdo de una persona huela a putrefacción? Después la piel se deshidrata con sal y finalmente se curte. El curtido se hace con productos químicos especiales, aunque el taxidermista me reveló un secreto: «La piel tiene que estar en el congelador durante al menos dos días. Pon el cerebro del animal en agua caliente hasta que se desintegre y el líquido quede como un caldo, incluso si tienes hambre te lo puedes comer (creo que quiso hacer una gracia para

devolverme la del primer día, aunque su semblante no cambió nada al decirlo). Luego extiende el líquido resultante del cerebro, antes elimina el exceso del aceite, y ablanda la piel con él, con un palo, como si le atizases al desgraciado ese que vendía casas en el barrio».

Esta semana me ha enseñado a realizar moldes con madera y escayola. En realidad es como convertirte en escultor. Una vez que se tiene el molde se colocan primero los ojos, son la referencia. Los cuerpos no son simétricos, supongo que por eso dice la gente «Míralo por el lado bueno». Así miro yo a mi madre cada vez que abro el arcón. Los ojos se adhieren al molde con un pegamento especial antes de modelarlos, hay que tener cuidado al colocarlos para que no queden hundidos o saltones. Los ojos que se utilizan son de cristal, tienen el mismo brillo que los de la gente nueva del barrio. Colocarlos es como resucitar un animal, Yessi. Te sientes todopoderoso. Después se modelan la nariz, los labios y las orejas, que se pueden rellenar con cartón, alambre o barro.

Luego viene la parte del cosido. Para que quede bien y no se note demasiado es importante haber hecho previamente bien los cortes. Hay que intentar que se vean poco las puntadas y el hilo.

Chico A me enseñó a coser. No, es mentira. Solo quería decir algo sobre Chico A. He colocado, junto a una figura de Cristo que compró mi madre, mi primer animal disecado: una calandria. Le dije al taxidermista que iba a regalártelo, pero me dijo que un animal disecado es como un perfume: algo muy personal.

Un abrazo (piel con piel).

9

20 de marzo

Querida Yessi:

Cuando éramos pequeños, nos contaban que cuando salía humo

de la gran chimenea de la fundición era porque estaban quemando niños que intentaban cruzar al otro lado del puente que separaba el barrio de la ciudad. Lo máximo que nos acercábamos, con mucho cuidado, temerosos de ser incinerados, era al parque que había al lado de la fundición. El parque era el lugar de recreo que los dueños de la fundición habían construido para las familias de los empleados. En medio del parque, abandonado a los matorrales y las malas hierbas, hay todavía un lago en el que hace años los familiares paseaban con unas barcas de remos.

Hoy ya las pocas barcas que quedan tienen las maderas podridas. El agua del lago tiene tantos residuos que es el hábitat perfecto para las carpas gigantes que devoran cualquier cosa que caiga al lago. A los niños ya no se los asusta con el humo de la chimenea, porque la fundición cerró hace tiempo: hoy los atemorizamos con las carpas devoraniños. Junto al lago hay un aparcamiento donde la gente queda por el día para la compraventa de vehículos y electrodomésticos de segunda mano. Por la noche el *parking* se convierte en un picadero, donde todos follan con todos: tías con tíos, tías con tías, tíos con tíos, animales con animales, humanos con animales. Estoy seguro de que por la noche el aparcamiento es uno de los lugares con la mayor concentración de enfermedades venéreas por metro cuadrado.

Ayer incineré en la fundición a mi madre, me ayudó Chico C. Aunque él dice que prefiere ver arder a los seres vivos (ClicClac). La incineré porque no tenía derecho a tenerla más tiempo guardada en el arcón.

No sé cuántos botes de desodorante llevo gastados desde que la fase de la indiferencia terminó y el olor me devolvió a Chico A. El editor me ha dicho que vaya al dermatólogo para que me vean las axilas. El informático me ha recomendado que cambie de desodorante, que utilice la marca que usa él para Natali, «Mira qué piel tiene». En realidad Natali tiene tantos parches ya que podría

decirse que se ha convertido en un caso único en el mundo: la primera muñeca hinchable leprosa. De todas formas, creo que voy a hacer caso al informático, voy a cambiar de desodorante.

¿Por qué fase crees tú que pasaré ahora, Yessi? He pasado por la negación, la negociación, el enfado y la indiferencia, ¿vendrá ahora la aceptación? Lo de mi madre ha sido más fácil, he ido planificando cada día un futuro sin ella; pero lo de Chico A fue tan repentino, solo me dejó el olor, el último olor, ese olor, que ni siquiera tuve la posibilidad de averiguar con él cómo organizar aquellos recuerdos.

Te quiero, Yessi

CAPÍTULO 6

Tu número de la suerte era el siete, no te gustaban los números redondos. Nunca te equivocabas al decir: «Tres tristes tigres comen trigo en un trigal». Siempre elegías la ficha amarilla cuando jugábamos al Trivial. Decías que morirías a los ciento siete años. No te gustaban las fotografías, decías que no querías revivir el pasado; pero sí te gustaban las postales. Solías acabar muchas frases diciendo: «¿Sabes cómo te digo?». Decías que era una bobada que en la vida hubiese que plantar un árbol, escribir un libro y tener un hijo. Sabías leer inglés y francés, y querías aprender finés. Odiabas el queso. Siempre escribías mal *expléndido*. Te aterraba quedarte calvo. Te quitaron las dos muelas del juicio de la mandíbula superior, el dentista dijo que abajo no tenías. Decías que nunca te aburrías, y que si alguna vez ocurría te ponías a recordar decimales del número pi. Una chica te dijo una vez que tenías sonrisa de pino; sonreíste y le diste las gracias, pero me confesaste que no sabías qué quería decir. Te mordías las uñas. Tenías un álbum de fotografías, con el título *Viajes*, que aún estaba vacío. No te gustaba ver los deportes por televisión. En una ocasión estuviste dos días sin dormir por las fiestas del barrio; luego dormiste durante un día entero. Tuviste un hámster, no le pusiste nombre porque decías que los animales no se identifican con ningún alias. También tuviste un periquito y un pollo que se convirtió en gallina.

Hacías aviones de papel. Recordabas mejor las caras que los nombres. No comprendías por qué había guerras.

Desayunabas leche con galletas. Luego un día comenzaste a beber café y comer tostadas.

Teníamos una colección de insectos: una cucaracha, un escarabajo pelotero, un caracol, dos bichos bola, una hormiga negra y otra roja, un saltamontes, una lombriz y un gusano de seda. El que más nos costó conseguir fue el saltamontes, ninguno de los dos nos atrevíamos a coger uno vivo, así que tuvimos que esperar a encontrar uno muerto.

Una vidente te dijo que sí, «Sí, serás veterinario»; pero habías empezado a estudiar ingeniería industrial. Decías que cuando ahorrases dinero te comprarías un Renault 5, y que si alguna vez tuvieses que cruzar el océano preferirías hacerlo en barco que en avión. Tu color favorito era el rojo. Fuiste capitán del equipo de fútbol, pero no del de baloncesto.

«Sopla el puño», me dijiste, y ¡puf!, el pañuelo desapareció de tu mano. Desde ese momento pensé que tenías poderes.

Ganaste un concurso de correr hacia atrás. Te gustaba el silencio pero no estar solo.

Tu entierro fue multitudinario. De pie, junto al féretro, estaba papá con un policía a cada lado, le dieron permiso en la cárcel por tratarse de la muerte de un hijo. Yo estaba junto a él. A mamá se la llevaron en una ambulancia con un ataque de histeria, no te imaginas cómo chillaba y cómo se estremecía. Siempre fuiste su favorito. Y el de papá. También de los abuelos. A mi lado estaba Chico B con sus cangrejeras de los domingos, aunque era miércoles. Los policías, con los brazos cruzados, intercambiaban la mirada entre papá y el suelo. Papá no lloró. Yo tampoco. El abuelo me dijo que los hombres no lloran. Chico D fue con algunos de los yonquis, con sus pupilas dilatadas y sus pestañeos a cámara lenta, casi no podían mantenerse en pie, pero fueron los únicos, junto con Chico B, que se quedaron hasta el final. Ha sido la única vez que he visto a la madre de Chico D sin peluca. Chico C se pasó el entierro (ClicClacClicClacClicClac) torturando insectos.

Me enseñaste a masturbarme. «Elige un número del uno al diez. Si lo aciertas te levantas tú a cambiar el canal. Si no lo aciertas me levanto yo», me decías, «Tienes algún poder mágico, siempre adivinas el número». Así casi siempre me engañabas. Algunas veces hacías como si no acertase y te levantabas tú para que no sospechara. Ese día estábamos viendo la televisión, y perdiste tú. «¿No te has hecho una paja nunca?», me preguntaste cuando te

sentaste en el sofá después de cambiar el canal: habíamos estado viendo un documental en el que unos biólogos mostraban las diferentes formas de reproducción que se dan en la naturaleza. «¿Eso qué es?». «Mírame y haz lo mismo que yo. Saca tu picha del pantalón. Agárrala con la mano. Así. Eso es. Y ahora mueve la mano de arriba abajo. Eso es. Así, así,... ¿Te gusta?». Contesté que sí con un gemido, como si fuese un perrito afónico.

Después de aquella primera vez nunca más volvimos a masturbarnos juntos, aunque muchas veces comparábamos nuestro músculo de las pajas para ver quién lo tenía más desarrollado: juntábamos el índice y el pulgar, y comparábamos.

Te sacaste el teórico y el práctico de conducir a la primera. Te compraste un Seat Panda de segunda mano. Tu película preferida era *Loca academia de policía*. Me decías que me parecía a Zed. No sé si lo decías para hacerme rabiar o si realmente lo pensabas.

Dormías en la cama de arriba. Una vez te caíste y te rompiste el brazo. Papá te llevó al hospital. No me dejasteis ir con vosotros. «Los hospitales no son para críos», me dijo papá acariciándome la cabeza. Yo no era ningún crío, ya tenía ocho años. Seguiste durmiendo en la cama de arriba. Dormir en la de abajo te producía claustrofobia.

Yo heredaba tu ropa. Me gustaba vestir lo que tú habías llevado.

Te encargabas de los perros abandonados del barrio. Fabricabas casetas en el descampado con ladrillos rotos, palés y cartones. Las construías de tal forma que los yonquis del barrio comenzaron a pedirte también para ellos.

La única vez que te enfadaste conmigo fue cuando robé unos chicles en el frutos secos. No era la primera vez, Chico A, tengo que confesártelo, ya lo había hecho más veces. Me preguntaste de dónde había sacado el dinero para tantos chicles como llevaba en el bolsillo. Te dije que me había encontrado doscientas pesetas. Tú sabías que era mentira. Me habías visto. Me hiciste acompañarte al

frutos secos. No me olí lo que ibas a hacer. Le preguntaste al dueño si yo le había comprado algo hacía un rato. El hombre dijo que no, que había estado por allí con otro chico pero que no habíamos comprado nada. Lo pasé muy mal. No me delataste. Me dijiste que había robado. Intenté justificarme. Dije que los había comprado, pero que el hombre no se acordaba. «Si vuelves a hacerlo no te volveré a hablar nunca más», me dijiste. Te acabé confesando que los había robado y lloré.

El hospital donde naciste ya no existe. Lo demolieron y en su lugar han levantado una plaza de toros. Naciste el 22 de mayo: Géminis. Era el único cumpleaños que recordaba. El último año te regalé un libro de viajes de la India. Solo leías ese tipo de libros, «Es la única forma que tenemos de viajar», decías. Desde que tengo uso de razón siempre habías querido viajar allí, «Cuando empiece a trabajar ahorraré, y el primer viaje que haré será a la India. Quiero conocer el país de Gandhi». Cuando leíste el libro me dijiste que ya no querías viajar a ningún lugar, que ya no te gustaba, que preferías el barrio.

Tu grupo favorito era Queen.

Fuiste el cabeza de familia desde que encarcelaron a papá. Me enseñaste a mearme en las heridas para que no se me infectaran. A decir que no. A no ser un cobarde. Y luego tú... Peleábamos. Practicábamos una mezcla de boxeo, judo y kárate, «Aguanta, aguanta el dolor. No llores. Nunca les des motivo para alegrarse», me decías. A veces te dejabas ganar y me decías que estaba mejorando mucho, «Pronto no habrá quien pueda contigo, ni tan siquiera yo».

Montaste un negocio con la ayuda de Chico D: les vendías jeringuillas, gomas, esparadrapos y algunas vendas a los yonquis del barrio que le quitabas al farmacéutico.

Te gustaba el arroz de muchas maneras: a la cubana, con pollo, con bacalao, con conejo, con liebre, inflado, con leche, a la

marinera, al horno, negro, con verduras. El único que no te gustaba era la paella.

Tus ojos eran radioactivos. «Perdona, ¿tienes ascendencia india?», te preguntó una vez la vecina del tercero segunda.

Cuando yo tenía pesadillas y no podía dormir me contabas la historia de tu primer recuerdo: «Yo tenía cinco años. Iba con el tío y la tía en su Renault 7 verde. No sabía muy bien por qué, pero como la gente estaba emocionada yo también lo estaba. Suponía que algo importante estaba pasando. Yo iba en el asiento de atrás, en el centro, reclinado hacia adelante, así podía ver la carretera, las caras, el volante, el salpicadero, era lo más parecido a ir conduciendo. Fui todo el camino en silencio. Llegamos a un descampado donde había muchos coches. Aparcamos. Se bajaron y me abrieron la puerta. Me cogió la tía de la mano. "A mí me ha dicho mi hermano que ha sido rápido, que no le ha dolido, prácticamente ni se ha enterado", le decía el tío a la tía. Me cogió el tío de la mano también. Entre los dos me ayudaban a saltar los charcos de la última lluvia. Yo reía y reía. Después de caminar un rato llegamos al borde de unas escaleras. Me parecieron muy altas. Muchas escaleras. Además olía a cuando mamá y papá limpiaban en casa. La tía miró hacia arriba, hacia el final de las escaleras. Se puso de cuclillas junto a mí. Puso sus manos en mi cintura. Me miró a los ojos y me dijo: "¡Venga! ¡Que vamos a ver a tu hermanito!". Tú eres mi primer recuerdo. Antes de eso no hay nada». Después me dabas un beso y dormía.

Mientras desayunábamos y mamá preparaba su maleta para irnos de vacaciones al pueblo de los abuelos durante tres semanas –planeamos todo para que mamá se lo pasase bien y se distrajera–, dijiste que te quedabas, que tenías que estudiar.

Un vez escribiste un poema y me lo leíste, te dije que me gustaba, pero no me creíste y lo rompiste. Te gustaba el refrán «Si da el cántaro en la piedra, o la piedra en el cántaro, mal para el cántaro».

Te gustaba vestir vaqueros. No te gustaban la música clásica ni el jazz. Tu escritor favorito era Stephen King. Tu libro favorito era *La insoportable levedad del ser*. Te hacía gracia la frase: «Ir a pecho descubierto». Te hicieron repetir segundo curso. No te gustaba tumbarte en la hierba de noche y mirar las estrellas. Eras diestro. La primera vez que te acostaste con una chica fue a los dieciséis años, fue con la hija de una amiga de mamá cuando vinieron a casa a visitarla. Tu chiste favorito era: «¿Qué le dice una partícula de sodio a otra?: Na». No eras demasiado hablador.

Nos volvimos del pueblo una semana antes de lo previsto, mamá estaba preocupada porque no contestabas al teléfono. Yo le dije que no debía preocuparse, que seguramente tendrías puesta la música a todo volumen en la habitación porque así era como te gustaba estudiar.

Abrimos la puerta de casa y solo oímos el eco del pomo al girarlo. La puerta del comedor estaba cerrada. Al abrirla, tu cuerpo, que colgaba del techo del salón, nos daba la espalda. Estabas desnudo, hinchado, con un color gris pálido. Debajo de ti un charco en el suelo del color de la nieve sucia. Encima de la mesa había una taladradora y algunas alcayatas redondas, no te habías cavado tu propia tumba, te la habías colgado. La ventana estaba abierta, decenas de moscas revoloteaban alrededor de ti. La corriente de aire volteó tu cuerpo suspendido. Tenías miles de larvas en la boca, en los ojos y en la nariz, te habías convertido en un festín pantagruélico. Empezaste a balancearte lentamente y tu cuerpo comenzó a emitir unos ruidos que sonaban a débiles lamentos. Pero no eran lamentos, eran veintiún gramos de alma y gases. Sobre todo gases. Eso fue lo peor, Chico A, no fue la imagen, sino el olor de esos gases. El comedor olía a charca estancada, a jardines fertilizados de estiércol, a hombres y mujeres sin casa, a huevos podridos, a peces durante semanas fuera del agua, al hogar subterráneo de las ratas. Un olor agonizante, que penetró hasta mi

garganta como virutas de metal oxidadas. Ese olor, Chico A. Ese olor. ESE es el olor que desde entonces me persigue y me obsesiona.

Tú no necesitabas aparentar. Las chicas del barrio querían estar contigo. «¿Qué es lo que tiene?», pregunté un día a una chica del barrio. «Ay, no lo sé. Las cicatrices de la cara, ¡le hacen tan atractivo!».

Nunca te liabas con la reina del baile aunque pudieras, preferías chicas «más normales», decías. «Las chicas normales son las que uno quiere a su lado».

Te burlabas de mí, me decías que tuviese cuidado al aprender inglés, que se me podría trabar la lengua.

Me enseñaste a nadar. Un día me tiraste a la piscina y me gritaste desde fuera «mueve los brazos, así, así, como si estuvieses apartando a la gente». Tuviste que tirarte a por mí un minuto después porque no conseguía salir del fondo de la piscina. Al día siguiente volviste a hacer lo mismo. Tuviste que tirarte de nuevo a por mí. A la quinta vez conseguí salir a flote. Luego me enseñaste a tirarme de cabeza, a hacer el pino, a dar la vuelta impulsándome en la pared y a dar un mortal en el aire.

¿Sabes cuál es mi primer recuerdo? Mi operación de fimosis, «¿Ves el globo? ¿Te gusta? Ínflalo», eso fue lo que me dijo la enfermera mientras me colocaba la mascarilla. Cuando al día siguiente fui al servicio meé sangre, ¡cómo escocía! Dejé de mear y salí del servicio. Me asusté, pensé que me estaba muriendo, así que aguanté el pis el tiempo que pude hasta que se me escapó entre pus y sangre por la noche mientras dormía. Mi primer recuerdo no eres tú, Chico A.

No fumabas porque decías que el tabaco ensuciaba los dientes. Y bebías poco. Recuerdo el día que fuimos al cementerio a beber, después de tres litronas me preguntaste señalando una tumba qué se sentiría dentro. Ahora ya lo sabes, Chico A, ¿qué se siente? ¿Sabes que Chico B cambió el barrio? Con lo poca cosa que era.

Tu firma era un garabato sin sentido. Tú decías que sí lo tenía, pero que no podías explicármelo. Decías que no estabas seguro de que existieran los extraterrestres.

La estación que más te gustaba era el verano. En el barrio comenzaba la temporada de chapas. Cada año hacíamos un mundial de fútbol. Tú siempre elegías Italia, decías que los italianos ganaban siempre. Lo que más nos gustaba era hacer las equipaciones. A ti se te daba muy bien. Incluso te hacías una de reserva por si coincidían los colores con otro. Había chicos del barrio que te pagaban por que se las hicieras. Les cobrabas cien pesetas. Con ese dinero comprabas a otros chicos chapas tapón corona, eran las mejores. Yo solía perder en el primer partido, pero tú siempre llegabas como mínimo a semifinales. Nos hacíamos las porterías con pinzas y las redecillas de las naranjas.

Tenías complejo de tus brazos, decías que eran demasiado largos, por eso te molestaba cuando mamá te pedía que le alcanzases algo de los armarios más altos. Decías que las palabras hacían más daño que los golpes, y que el grado de dolor de las palabras dependía de quién te las arrojase.

La lápida de tu tumba es negra. Con letras blancas. Tiene escrito tu nombre, Chico A, la fecha en que llegaste y en la que te fuiste. Tu lápida nunca tiene flores. El día que te enterraron te pusieron una corona. La regalaba la funeraria. Hay algunos niños, pero tú eres de los más jóvenes del cementerio.

No te gustaba ver los anuncios publicitarios, decías que nos engañaban. Te gustaban las camisetas de color negro. No te gustaba dar explicaciones. Comprobabas las cosas tres veces: comprobabas tres veces que habías cerrado la puerta de casa, comprobabas tres veces la nota de un examen, comprobabas tres veces que habías tapado un bote, comprobabas tres veces las vueltas cuando pagabas. No te gustaban las modelos de pasarela. Te gustaba el barrio. Una vez cogiste unas hojas de tabaco, hiciste cigarros con ellas y los

vendiste. Con el dinero que ganaste te compraste una corbata que nunca te pusiste. Nunca fuiste al teatro. Te gustaba decir: «Obra de tal manera que tu máxima se convierta en ley universal».

Hicieron una misa en tu nombre dos semanas después de tu entierro. Era la primera vez que yo entraba en una iglesia. Ese, y el día de nuestros bautizos. Nos bautizaron a los dos juntos. Tú ya tenías cuatro años. Mamá nos lo contaba muchas veces, orgullosa. Nos enseñaba una fotografía en la que tú me sostienes en brazos. En la foto se ven dos manos de adulto debajo de mí, por si acaso me dejabas caer. Yo estoy llorando y tú me miras con la boca abierta y ojos de sorpresa. El cura está detrás de nosotros con el semblante muy serio. Yahvé fue vengativo. Dios, misericordioso. «Y yo creo que Jesús fue un tipo risueño, como se ve en *La vida de Brian*», decías. No hicimos la comunión. Supongo que papá y mamá ya no eran tan creyentes. Fuimos de los pocos niños que no la hicimos. Todos hablaban de sus regalos de comunión. Tú te alegrabas por ellos. Yo no. Yo les decía que no la habíamos hecho porque no habíamos querido. ¿Mentir en defensa propia es pecado?

No sé por qué decían que la misa era en tu nombre. Solo te nombraron en una ocasión, a la vez que a otras dos personas igual de muertas. No hay muertos mejores que otros. A la salida muchas personas le decían a mamá, «Te acompaño en el sentimiento», pero nos volvimos a casa solos.

La única vez que fumaste fue en una boda, no recuerdo de quién era; también te bebiste una copa de licor de manzana. La palabra wolframio te hacía mucha gracia. No te gustaban el viento ni la lluvia. Te gustaba ver cómo jugaban a la petanca. Tenías una hucha que era un cocodrilo amarillo en la que guardabas ideas por si alguna vez te decidías a contarlas.

El día que encarcelaron a papá llegaron a casa dos policías y lo detuvieron. «¡Yo no he sido, yo no he sido!», decía papá y se encerró en el servicio. ¿Cómo podía saber papá que no había sido él

si los policías todavía no habían dicho nada? Mamá te pidió que me llevases a la calle y esperásemos. Tuve la sensación de que todo el mundo sabía lo que estaba ocurriendo menos yo. Estuvimos esperando en el portal, estaba lleno de vecinos que nos preguntaban qué había pasado. A los diez minutos bajó papa esposado, escoltado por los policías. Lo miramos. Él no se atrevió a mirarnos.

Nunca aprendiste a montar en bicicleta. No creías en Dios, pero decías que algún día habría algo más poderoso y popular que Él.

Una vez te pegaste con un chico porque decía que su barrio era mejor que el nuestro. Yo te dije que tenía razón, y tú me contestaste que lo sabías, pero que nadie tenía derecho a meterse con nuestro barrio.

En la pared de nuestro dormitorio había una fotografía de los cuatro cuando fuimos a montar en las barcas de la Casa de Campo. ¿Te acuerdas? Ese día en realidad íbamos al Parque de Atracciones, pero era el día de descanso y estaba cerrado. Yo estoy a la izquierda de la foto, con cara seria, los brazos cruzados, el ceño fruncido y sin mirar a la cámara. Tú estás a mi derecha, haciéndome burla, con los dientes de abajo sobre el labio de arriba, poniendo los ojos bizcos, y haciéndome los cuernos. Estaba en mi pared. Teníamos un armario compartido, una cómoda compartida, una ventana compartida, un escritorio compartido, pero sueños propios. Habíamos decidido que la pared de la izquierda era mía, y la de la derecha tuya. En la mía tenía un póster de Europe y otro de Mecano –por si entraba alguna vez alguna chica–; otro de mi equipo de fútbol, temporada 1985/1986; otro de un Lamborghini Jalpa amarillo: motor V8, de 3.5 litros, 255 CV, de 0 a 100 en seis segundos y medio, velocidad máxima de 230 kilómetros por hora. En el póster se veía a un chico joven con el pelo repeinado hacia atrás, un traje con corbata amarilla y una media sonrisa. A su lado una chica morena con el pelo largo alborotado estaba pintándose los labios. Tú tenías en tu pared una fotografía de un apartamento en Torrevieja, y habías

pegado encima de ella una foto tuya de carnet en la puerta del edificio. Tuviste junto a tu foto una de una chica que no era del barrio, pero la despegaste cuando ella te dejó. Esa fue toda tu venganza. La fotografía era un anuncio de una revista, incluso dejaste el precio de los apartamentos: Tu apartamento en Torrevieja por tan solo quince millones de pesetas. En primera línea de playa. Tenías también una lista de las universidades. La universidad a la que finalmente fuiste pedía un siete y medio para la admisión. Tu nota media era de ocho con ocho. Tenías también un mapamundi con los sitios a los que habías querido viajar: Argentina, Alemania, Brasil, Estados Unidos, Japón, Australia, India. Los tenías marcados con dos colores: rojo para los países que te habría gustado visitar acompañado; y verde para los países que te habría gustado viajar solo. El día antes de irnos de vacaciones mamá arrancó todo lo que tenías colgado en la pared. «Ya está bien de tonterías, Chico A, tienes que empezar a madurar, qué va a decir tu padre cuando vuelva». Tú no hiciste ni siquiera el amago de pararla. No te moviste del sitio. Ni le dijiste nada. Ni una mala mirada. «Sí, mamá», fue lo único que dijiste.

Te gustaba comer palomitas en el cine, te gustaban las de colores. Sabías decir: «Dove la stazione?». Estabas convencido de que alguna vez te sería útil. Decías que los altos tenían la picha corta, y los bajos la picha larga, que era una simple cuestión de equilibrio. No te gustaban las verduras, solo las acelgas. Habías intentado aprender a tocar la armónica.

Para presumir fuiste contando a la gente del barrio lo que hacía papá, que se dedicaba a un tipo de farmacia *especial*. Por eso lo pillaron. Éramos la familia perfecta, Chico A y tu alarde lo jodió todo. Éramos la familia perfecta.

Te gustaban la historia y las matemáticas, pero no la biología. Nunca habías montado a caballo, en burro sí. Nunca quisiste ser astronauta, torero, futbolista o médico. Decías que a veces te

gustaría ser como el Quijote, y otras veces como Sancho. Los meses que más te gustaban eran julio y agosto porque tienen nombres de emperadores. No te gustaba la noche. Tenías un lunar en cada pulgar. No te gustaban nuestros apellidos. Te hubiese gustado vivir en un bajo. Los gatos te parecían traicioneros, por eso decías que no es el perro el mejor amigo del hombre, sino el gato. Tenías uno de los colmillos partido, te lo rompiste con el borde de una piscina al tirarte de espaldas. Te gustaba la Pepsi más que la Coca-Cola. Te gustaba escribir con bolígrafo azul. No comprendías cómo podemos aprender a hablar. Decías que la perfección no existe, que es como el horizonte, que nunca se alcanza, pero que tú querías intentarlo. Después de ver *Piraña* dijiste que no te bañarías nunca más en un río. No te gustaba el sabor a fresa. Esperabas siempre a que se pusieran los semáforos en verde para cruzar aunque no viniese ningún coche. Decías que la vida es un chiste, aunque a veces un poco malo.

Tu suicidio fue indecente. Tú te salvaste y nos condenaste a los demás.

«¿Piensas en la última vez que fue ayer?», me preguntaste mientras mamá y yo subíamos al tren. Entonces no lo entendí, ahora sé que ayer es para siempre.

Editorial Candaya

www.candaya.com
candaya@candaya.com

Más información sobre el libro

Otros libros que te pueden interesar:

"Paseador de perros", de Sergio Galarza

"Autopsia", de Miguel Serrano Larraz

"La edad media", de Leonardo Cano

Gracias por leernos